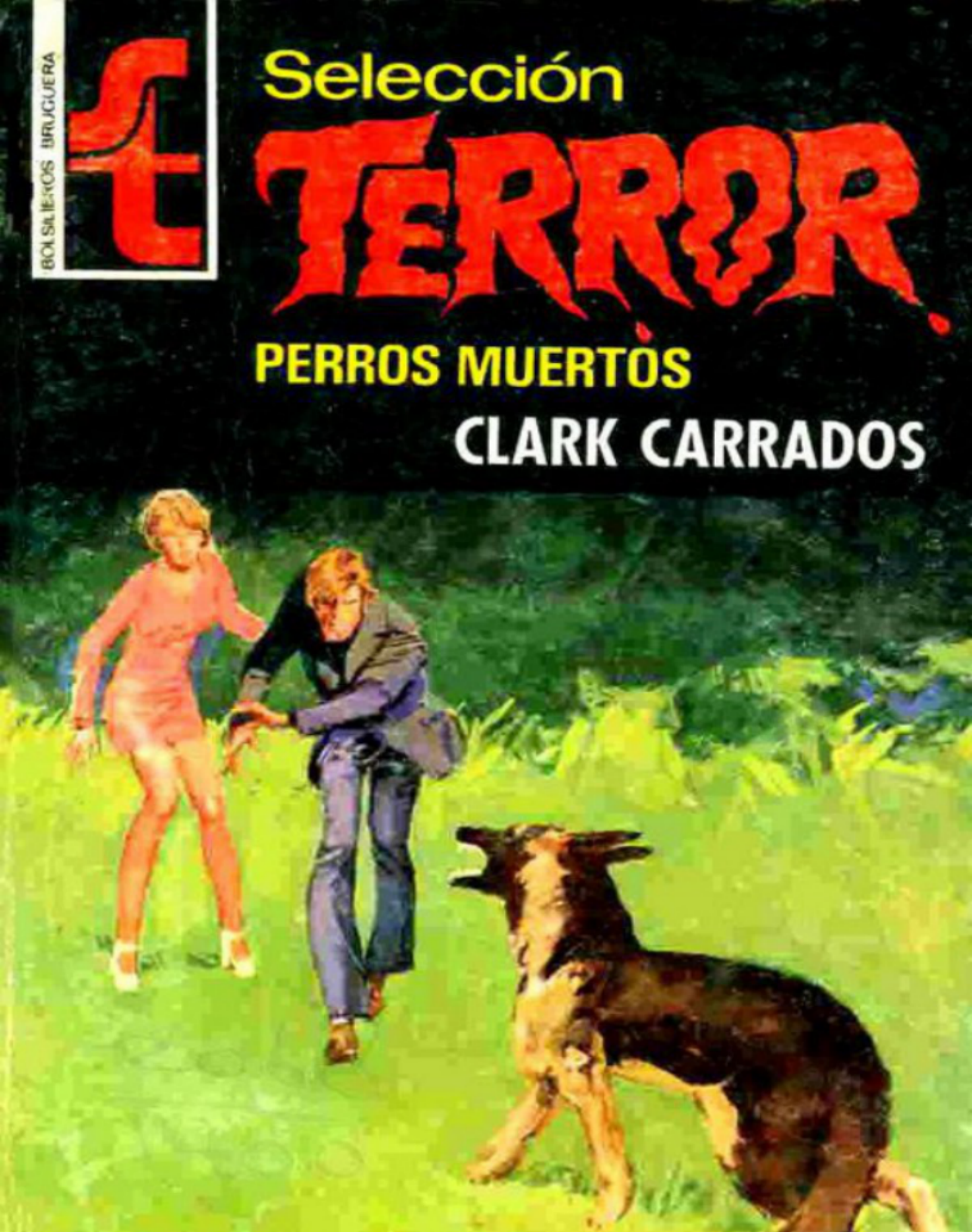

BOLSILIBROS BRUGUERA
Selección
TERROR
PERROS MUERTOS
CLARK CARRADOS



SELECCION TERROR

CLARK CARRADOS

PERROS MUERTOS

Colección

SELECCION TERROR n ° 218

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

213. — Satán vive en nuestra casa - *Silver Kane*
214. — ¿Quién mutiló a Evelyn?- *Ada Coretti*
215.

— Paso libre al infierno - *Clark Carrados* 216. — A solas con Charly - *Lou Carrigan*
217. — La fosa de los espíritus - *Silver Kane*

ISBN 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 11.882 - 1977
Impreso en España - Printed in Spain

I." edición: mayo, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

La atmósfera del salón era cálida y agradable. Los cristales de los ventanales estaban empañados y apenas si se veían las gentes que pasaban por la acera rápidamente, enfundados en impermeables o protegidos por paraguas del viento y la llovizna, harto inclementes en aquella tarde de mediados de marzo.

—De modo que te marchas —dijo el hombre.

—Así es —sonrió Gerald (Jerry) Dutton—. Ahora mismo. Quiero llegar en el día.

—Sí, los negocios son los negocios —convino el otro—. Buen viaje, Jerry. Y conduce con cuidado.

Dutton se puso en pie. Era de excelente estatura, joven, ya que no había cumplido aún los treinta años, pelo castaño y ojos grises. Solía tener mucho éxito con las mujeres y no sólo a causa de su excelente posición económica.

—Adiós, Mac —se despidió de su amigo.

Con el impermeable en el brazo, se encaminó hacia la salida del restaurante donde había estado almorzando. El local estaba decorado en rojo oscuro y oro. Un lugar elegante y refinado.

De pronto, una mujer le cerró el paso.

Era muy alta, tanto como él, sumamente esbelta, de pelo muy negro y ojos profundos. A Dutton le pareció que le miraban desde el fondo de un túnel sin fin.

La piel de su rostro, de un óvalo perfecto, era blanca, aunque no daba en modo alguno la sensación de falta de sangre. No era una blancura espectral, aunque sí destacaba más por el contraste con la cabellera negra y los labios muy rojos por sí, sin necesidad de color artificial. La edad, le pareció a Dutton, andaba alrededor de los veinticinco años.

Era toda una mujer.

«El tipo de hembra por la cual haría uno las mayores barbaridades», pensó Dutton.

—Señora —dijo, cortés.

—Usted va a realizar hoy un viaje —murmuró ella, con voz melodiosa, grave y profunda.
—Sí.

—No lo haga. Quédese en casa. Lo veo en su cara. La muerte le acecha. No viaje, se lo ruego.

Dutton estuvo a punto de soltar la carcajada. «Guapa, pero chiflada», se dijo inmediatamente.

—Muchísimas gracias, señora —contestó—. Me quedaré en casa, efectivamente. «A ciertas personas había que seguirles la corriente», pensó.

—Sé que me engaña. Traspaso su frente —dijo la mujer—. No viaje, se lo suplico. Dutton dejó de sonreír.

—Permítame, señora —murmuró, a la vez que daba un pequeño rodeo para seguir su camino.

Nunca había visto a aquella joven, pero el interés que había sentido en un principio hacia ella, se había disipado instantáneamente al verla insistir en un consejo que no le había pedido y que, además, le parecía ridículo.

Atravesó la acera corriendo y se sentó tras el volante de su coche. Las raquetas del limpiaparabrisas empezaron a funcionar inmediatamente. El automóvil se puso en marcha. A pesar de todo, Dutton se sentía hondamente impresionado por las palabras de la bella desconocida.

«Cuando vuelva, trataré de encontrarla», se propuso, mientras sorteaba el intenso tránsito en dirección hacia la autopista que conducía al Sur.

Al parar en un semáforo, consultó el reloj. Las dos de la tarde. Bien, alrededor de las diez llegaría a Nueva York. Tendría el resto de la noche para revisar la documentación y estar listo a la mañana siguiente para la importante entrevista de negocios, que podía significar un paso muy importante en sus aspiraciones.

El semáforo se puso en verde y pisó el pedal del gas. Bien pensado, ¿tenía tanta prisa en realizar el viaje?

Por un instante, sintióse tentado de dar media vuelta y pasar el resto del día con su amigo y su familia. El viaje era para ganar dinero y nada más, por mucho que se lo disfrazase a sí mismo bajo el pretexto de su gran importancia.

«Luego vendrá otro viaje y más negocios y más dinero y más viajes y más negocios... ¿Y siempre así?», habló para sí mismo, en voz baja.

Acumular dinero, perder el pelo, ganar grasa en el vientre... ¿Y después? ¿Podría decir que había disfrutado de la vida?

Y nunca pararía. Estaría montado en una bola de oro que rodaría, rodaría, rodaría siempre, siempre, sin cesar...

«El último viaje, diablos», masculló. De pronto, se estremeció.

Acababa de recordar a la dama misteriosa. Parecía una bruja. Muy hermosa, pero ¿no había habido brujas de gran belleza?

Las ruedas, al girar sobre el asfalto mojado, emitían un constante sonido de seda rasgada. Un tanto enojado, Dutton conectó la radio.

Siempre la tenía sintonizada con una estación que emitía música constantemente. De todos los tiempos, todos los países y todos los estilos. Era ecléctico en este sentido.

El interior del automóvil, agradablemente caldeado por el acondicionador de aire, se llenó de notas musicales. Dutton empezó a olvidarse de la bruja. Delante de él, las raquetas del limpiavidrio se movían rítmicamente.

El cielo seguía lanzando finos chorros de agua. El ambiente era cada vez más tétrico. Dutton empezó a pensar en la conveniencia de encender las luces.

La autopista se extendía en aquellos momentos por la orilla del río. El tránsito era muy intenso, pero fluido. Una vez, Dutton consultó el indicador de velocidad. Su marcha era moderada, menos de ciento veinte. Podía subir a ciento cuarenta, pensó.

De pronto, a lo lejos, vio un enorme camión cisterna que empezaba a dar bandazos. El camión venía en dirección contraria.

Dutton se alarmó. Bruscamente, el camión viró a la izquierda y se metió en los carriles de dirección opuesta. Saltó el espacio divisorio, llevándose por delante las vallas de separación, y entró en la autopista que iba hacia el Sur.

Dutton se vio estrellado contra el camión, que parecía un monstruo antediluviano que hubiera enloquecido de repente. Pisó el freno. Las ruedas de su automóvil chirriaron en el

asfalto.

Detrás de él se oyeron bocinazos y sonidos de ruedas que resbalaban por el suelo. El camión, ya atravesado en la carretera, se agrandó con enorme rapidez.

Dutton peleaba salvajemente con la dirección de su coche. Sabía que frenar en aquellas condiciones era peligrosísimo, pero no tenía otro remedio.

En el último instante, consiguió desviarse hacia su derecha. Oyó el estruendo del impacto de la cola de su automóvil contra las enormes ruedas delanteras del camión. El coche rompió la valla y se dirigió hacia el terraplén que daba al río.

Detrás de él, dos automovilistas, menos afortunados, se estrellaron contra el camión, con horrible estruendo. Dentro del coche, Dutton se sentía como una pelota en una cancha de fútbol.

La portezuela sé abrió de pronto. Dutton vio que el río se le aproximaba con vertiginosa rapidez.

En la autopista sonó un espantoso rugido. Dutton vio que la atmósfera se volvía roja y comprendió que el camión se había inflamado. La cisterna debía de contener algo combustible: gas, petróleo...

De pronto, el coche dio un bandazo. Dutton se sintió lanzado fuera.. Rodó por el herboso terraplén. El automóvil saltó al río en el que se sumergió con gran estruendo de turbias espumas. Algo le golpeó en un costado, y luego en la cabeza.

Empezó a perder el conocimiento.

«Voy a morir, voy a morir», pensó en una fracción infinitesimal de segundo.

La última voltereta. Entró en el agua e inmediatamente se sintió preso por los dedos potentes e invisibles de la corriente. El frío le despejó primero un tanto, pero luego empezó a entumecerle. El agua parecía hielo.

Braceó desesperadamente. Luego, resignado, se dejó llevar. En el último instante, creyó ver el hermoso rostro de la bruja.

«Te lo advertí», decía ella.

Pero Dutton sólo podía ver el movimiento de sus labios, sin

percibir el menor sonido. Al fin, perdió el conocimiento.

Lo encontraron al día siguiente, casi muerto, agarrado a unas hierbas de la orilla, a muchos kilómetros aguas abajo del lugar donde se había producido el accidente. El primer médico que lo vio dijo que dudaba mucho de que pudiera salvarse.

Sin embargo, consiguió recuperarse, aunque hubo de pasar largo tiempo en un hospital.

* * *

—Tengo que hacerte una pregunta, Mac —dijo Dutton, casi cinco meses más tarde, en el mismo restaurante donde había visto a la joven del pelo negro.

—Estoy a tu disposición, Jerry —contestó Herbert MacDonald, quien se sentía sumamente satisfecho de que su amigo estuviese totalmente repuesto del terrible accidente sufrido tiempo atrás.

—Se trata de una joven... —Dutton se la describió a su amigo—. La vi en este mismo sitio, el día en que me marchaba a Nueva York.

—No la conozco, Jerry. Pero si te interesa...

—Sí, me interesa. Herbie, aquella mujer me dijo que suspendiese el viaje, ya que corría peligro de muerte.
McDonald saltó en su asiento.
—Jerry, tú bromeas —dijo.

—No. Hablo absolutamente en serio.
—Pues hijo, cualquiera diría que esa joven fuese una vidente...

—En mi caso, al menos, lo fue. Mira, Herbie, si el accidente se hubiese producido en una carretera solitaria, con rotura de frenos o de la dirección o un reventón..., pero aquel camión cisterna se salió de su carril y se atravesó en el lado contrario de la autopista... Y yo estaba a setenta kilómetros de aquí., Casi me ahogué, tardaron catorce horas en recogerme, atrapé una pulmonía doble, sin contar las lesiones...

McDonald parecía muy impresionado.
—En resumen, quieres encontrarla —adivinó.

—Sí.
MacDonald reflexionó unos instantes. Luego alzó la mano.

Acudió el *maître.* MacDonald le hizo saber los deseos de su amigo. El *maître* declaró recordar vagamente a la joven.

—Sí, almorzó aquí... Ah, ahora caigo. Cuando terminaba, me pidió el teléfono. Luego, mientras yo tomaba nota en otra mesa, la oí vagamente un nombre... Supongo que debe de ser de una población... Hattie Hills, sí, eso es, señor MacDonald.

—Agradecido, Emile.

—A su disposición, ya sabe. MacDonald miró a su amigo y sonrió.

—Todo lo que hemos podido averiguar —dijo.
Dutton asintió.

—Será cosa de averiguar dónde está Hattie Hills, si es que, en realidad se trata de una población.

—Lo sabremos cuando hayamos terminado de comer. Anda, dale a ese filete; está riquísimo.

Los dos amigos continuaron comiendo. Poco más tarde, MacDonald dijo:
—De modo que te retiras de los negocios, Jerry.

—Sólo temporalmente. Había llevado una temporada muy intensa.
—Pero ibas camino de la prosperidad.

—Sí, y del *stress* y del infarto del miocardio y de vivir pendiente del teléfono y de las llamadas de uno y otro, y de las entrevistas con éste y aquél... Esto es como las cerezas de un cesto: tiras de una y sale un montón... No, no quiero ser esclavo del dinero.

MacDonald le contempló con admiración.

—A tú edad, soltero y sin familia que mantener, se puede decir eso con gran facilidad. Pero cuando uno ya tiene esposa, dos hijos y el tercero en camino... y hay que liquidar la hipoteca de la casa y pensar en el próximo coche porque el actual se ha quedado pequeño... y cuando es preciso considerar la piscina, que ya reclaman la mujer y los hijos...

Entonces, no le queda a uno otro remedio que continuar esa esclavitud. Dutton sonrió.

—Tienes diez años más que yo. Quizá, cuando tenga tu edad, piense de otro modo, pero, por ahora, mi decisión es firme. Al menos, retirada temporal, ¿comprendes?

—Y a buscar a la bruja.

—Sí, tengo que buscar a esa mujer... y no pararé hasta encontrarla.

CAPITULO II

El hombre hojeó con desdén el libro que había sobre el mostrador. Luego, con gesto displicente, lanzó al suelo todos los libros que había en una estantería giratoria.

El dueño de la tienda, cincuenta años, gordo, calvo, le miraba aterrado.

—Por favor, señor Darcey...

Jake Darcey miró fríamente al dueño de la tienda.

—Son cincuenta «pavos» —dijo.

—Es demasiado...

Sonriendo cínicamente, Darcey agarró un frasco de colonia —Muff Elwistone vendía de todo—, lo mantuvo en alto unos instantes y luego abrió los dedos. El frasco se estrelló ruidosamente contra el suelo y la atmósfera de la tienda se llenó de un intenso olor a perfume.

—Cincuenta dólares, señor Elwistone.

El corazón del comerciante sangraba. Le habría gustado tener veinticinco años menos. Aunque era más bajo, le habría dado una buena lección a aquel insolente rufián, que tenía la mitad de su edad y le pasaba casi treinta centímetros de altura.

De pronto, se oyó una cascada voz de mujer.

—Eso no está bien.

Darcey se volvió. Apoyada en un bastón de ébano, con empuñadura de marfil, una mujer muy vieja le miraba con gesto lleno de reproche.

—Cierre el pico, antigualla —dijo Darcey burlonamente—. Vamos, Elwistone, sacúdase la «pasta».

—Muff, ¿cómo se llama este granuja? —preguntó la anciana.

—Jake Darcey...

El bastón se apoyó de repente en el estómago del hampón.

—Darcey, si no se marcha inmediatamente, lo va a sentir muchísimo —dijo la anciana. Se oyó una estruendosa carcajada.

De pronto, Darcey se apoderó del bastón.

—Se lo voy a romper, bruja.

—¿Sobre la rodilla? —preguntó la anciana cortésmente.

—Claro. —Darcey soltó una risotada, al mismo tiempo que alzaba el bastón, sujeto por las dos manos, y levantaba la pierna derecha—. Ahora mismo lo verá.

La anciana hizo un leve gesto con el índice.
—Se le romperá al hueso, muchacho.

Darcey volvió a reír. Luego, de golpe, bajó el bastón.

Se oyó un terrible chasquido, seguido instantáneamente de un alarido desgarrador. Darcey cayó por el suelo, revolcándose de dolor, ante la estupefacción de Muff Elwistone.

—Ya se lo dije —murmuró la anciana—. Muff, avise a una ambulancia y luego deme dos gramos de acónito.
—Sí..., sí, señora...

De pronto, Darcey dejó de moverse. La anciana meneó la cabeza.
—Se ha desmayado —dijo simplemente.

* * *

El pueblo era pequeño, bonito, limpio, con una calle principal muy ancha y numerosas casas situadas en las laderas de las colinas circundantes. Dutton detuvo el coche en lo que parecía ser una plaza Mayor y contempló el panorama con ojos críticos.

Frente a él, tenía la casa municipal, ante cuya fachada había, como adorno, dos viejos cañones de la guerra de Secesión. Al otro lado estaba el hotel.

—Bien, ya he llegado aquí —dijo a media voz—. Ahora, sólo falta saber si la bruja tan hermosa vive en este pueblo.

De súbito, se oyó un alarido desgarrador.

Dutton volvió la cabeza. El grito, seguido de unos atroces gemidos, había salido de una tienda cercana.

Saltó del coche. Cuando se asomó a la puerta, vio el cuerpo de un hombre que yacía en el suelo, completamente inmóvil.
—Está muerto —dijo.

—No, sólo se ha desmayado —contestó una mujer muy vieja, que parecía tener doscientos años de edad—. Le dije que no lo hiciera, pero él se empeñó en romperme el bastón... Por cierto, ¿quiere dármelo, joven?

Dutton caminó unos pasos, se inclinó, recogió el bastón y se lo entregó a la anciana.
—Gracias, hijo —sonrió ella.

Algunos curiosos habían entrado en la tienda. Elwistone, atropelladamente, contó lo que había pasado. Dutton lo oyó y se sintió nuevamente extrañado del suceso.
«Debía de tener los huesos tan blandos como pajitas de refresco», pensó.

Detrás de Dutton se oían comentarios de todas clase. Bruscamente, la anciana movió el bastón.

—Muff, luego vendré a por mi pedido —se despidió.

—La ayudaré, señora
—se ofreció Dutton.

Ella le dirigió una mirada de simpatía.

—No es necesario, aunque, de todos modos, muchas gracias, hijo. Echó a andar. ¿O flotaba en el aire?, pensó Dutton.

La gente que había ante la puerta se apartó casi con pavor. La anciana salió a la calle y se perdió de vista.
—Es una bruja —dijo alguien rencorosamente.

—Si es una bruja, yo soy Neptuno —contestó Elwistone, sarcástico —. Ese sujeto sí que es un canalla —añadió, señalando al desmayado hampón.

—Ella es una bruja y también las dos que viven con ella —exclamó otro individuo. Dutton se dio cuenta de que estaba en un lugar donde era forastero y pensó que lo

mejor sería dejar que los lugareños resolviesen ellos mismos sus problemas. A fin de cuentas, él había ido a Hattie Hills por motivos muy personales.

Abandonó la tienda, subió al coche, dio la vuelta a la plaza y se detuvo ante el hotel. Segundos más tarde, estaba ante la recepción.
—Me llamo Dutton —dijo al conserje—. Deseo tomar una habitación.

—Sí, señor Dutton. Firme el libro, por favor. ¿Muchos días en Hattie Hills? El forastero escribió su nombre y sonrió.

—Quizá —contestó evasivamente—. Mi equipaje está en el coche. Haga que lo suban a la habitación.

—Al momento, señor Dutton.

Con la llave en la mano, Dutton subió al primer piso. Cuando llegaba al corredor, se cruzó con una hermosa mujer, de opulenta silueta y pelo intensamente rubio. Ella le miró con descaro, a la vez que sonreía levemente.

Dutton se detuvo ante la puerta de su habitación. La rubia alcanzaba en aquel momento el primer peldaño de la escalera.

Ella se volvió un instante y volvió a sonreír. Dutton inició una sonrisa de correspondencia, pero, de pronto, recordó los motivos que le habían llevado a aquel pue-blo y metió la llave en la cerradura.

Un empleado subió su equipaje poco después y le preguntó si deseaba algo más. Dutton le dio unos billetes.

—Suba una botella de buen whisky, hielo y soda —pidió.
—Sí, señor.

Dutton se acercó a la ventana. Desde allí, dominaba la plaza por completo.

Frente al hotel, a unos veinte metros escasos de distancia, había un par de ociosos mozalbetes, que se entretenían en tirar piedrecitas al estanque de una fuente que había en el centro de un espacio ajardinado. De pronto, una chica de dieciséis o diecisiete años cruzó por delante de ellos.

Los dos jóvenes saltaron sobre la muchacha y, en un santiamén, le quitaron todas las ropas, a pesar de sus protestas. Después de desnudarla, la arrojaron al estanque y se alejaron riendo estruendosamente de la broma, llenos de morbosa satisfacción por su hazaña.

Un hombre de mediana edad salió a la puerta de su casa y blandió el puño. Los dos jovenzuelos se le rieron en sus barbas. Desaparecieron de la vista de Dutton, mientras el hombre, con una manta en las manos, corría a cubrir el desnudo cuerpo de la chica, sentada en el estanque, llorando a lágrima viva.

Dutton movió la cabeza. Aquellos chicos debían de ser de familias

muy poderosas, pensó. Por lo visto, cometían sus fechorías con toda impunidad, seguramente, porque tenían las suficientes influencias.

El empleado vino a poco con el pedido de bebidas. Dutton se sirvió un pequeño trago. Luego fue al baño y se duchó. Agosto estaba en sus finales y el calor apretaba bastante.

Al atardecer, bajó al vestíbulo. El recepcionista era el mismo que a su llegada. Dutton decidió pasar a la ofensiva.

—Amigo...

—Ezra, señor Dutton —dijo el empleado amablemente.

—Bien, amigo Ezra, quiero pedirle un favor. Estoy buscando a una persona... No tengo la seguridad de que viva en Hattie Hills, pero usted que, me imagino, lleva tiempo en la población, quizá pueda decirme algo sobre el particular.

—Desde luego, señor Dutton.

El huésped sacó algo de su bolsillo. Su amigo MacDonald tenía buenas relaciones con la policía de Burlington. Un dibujante había hecho un retrato «robot» de la hermosa bruja.

—¿La conoce, Ezra?

El recepcionista contempló el dibujo durante unos instantes.
—Pero... ¡si es la señorita Blakeney! —exclamó de pronto.

—Entonces, sabe quién es —dijo Dutton, lleno de esperanzas.

—Oh, sí, claro. Ella se llama Cloris y vive en la casa que hay en Bonfire Hill, a unos tres kilómetros hacia el norte. Pero no viene mucho por la ciudad...
Dutton guardó de nuevo el dibujo.
—Muchas gracias, Ezra —sonrió.

Ahora ya sabía dónde vivía la bruja. Ya no tenía prisa.

* * *

Encontró un restaurante de discreto aspecto y se sentó ante una mesa. La camarera tomó nota y se alejó hacia la cocina.

En torno a él, hervían los comentarios.
—Creo que Durcey tenía roto el fémur...

—Ella se lo anunció. Durcey se burló, no le hizo caso y, claro, sucedió lo que tenía que suceder.
—Brujería, brujería.
—¿En pleno siglo XX?

—Debiéramos quemar la casa de Bonfire Hill.
Dutton se alarmó. ¿Qué diablos les sucedía a aquellos pueblerinos?

Un hombre entró de pronto en el restaurante y se detuvo en la puerta, mirando a todas partes. Tenía unos cuarenta años y era alto y muy fornido. De pronto, echó a andar hacia una mesa.

—Señor Tewson —dijo.

En torno a la mesa, había un grupo de individuos que comentaban lo sucedido aquel día. Uno de ellos, de mediana estatura y rostro sanguíneo, alzó la cabeza.

—Ah, hola, Melvin. ¿Quiere sentarse con nosotros y tomar una copa?

—No —contestó el recién llegado—. No tomaría con usted ni siquiera la medicina que había de salvarme la vida, caso de que me estuviera muriendo. Pero dígale a su precioso hijo que deje en paz a

Amy. Hoy, con el bastardo de Robby Callender, han atacado a mi hija a plena luz del día, la han desnudado por completo y la han arrojado luego al estanque de la plaza.

—Bueno, bueno, Melvin, son cosas de chicos...

—Son cosas de hijos de perra, a los cuales sus padres no han sabido o no han querido educar. Si su hijo o el cerdo de Robby vuelven a molestar a Amy, les partiré la cara a patadas.

Tewson se puso en pie de un salto.
— ¡Melvin, no le tolero...!

—Me tolerará todo lo que le he dicho y mucho más. ¿Acaso cree que me impresiona su asqueroso dinero? Usted cree que puede comprarlo todo en Hattie Hills, pero está muy equivocado. Su hijo recibirá cualquier día de éstos una lección que no olvidará jamás, se lo juro.

—Melvin, lárguese, estúpido. Déjenos ya en paz o el que va a recibir la lección será

usted. Fue una broma de chicos jóvenes, diablos. Aprenda a ser un poco paciente...

Los puños del quejoso se crisparon.

—No quiero seguir hablando, pero dígale a su hijo que se esté quieto o tendrá que lamentarlo. Adiós.

—Adiós, imbécil —se burló Tewson descaradamente

Debía de ser el ricacho del pueblo, pensó Dutton, mientras consumía su cena en silencio. Tewson volvió a su mesa y los otros, servilmente, le dieron algunas palmadas en la espalda.

—Cosas de chicos, Stuart —dijo uno.

—Kelshane no sabe tener aguante —añadió otro.

—En este mundo hay que saber aguantar las bromas —rió un tercero—. Hoy por ti, mañana por mí...

Tewson agitó una mano. A pesar de que sonreía, evidentemente halagado, se le veía preocupado.

Dutton se lo Imaginó más tarde en su casa, reprendiendo al salvaje de su vástago, mientras que éste miraba al techo, como quien oye llover. Pero cuando el chico hiciera otra de las suyas, Tewson le defendería y disculparía con cualquier pretexto.

«Hasta que un día se le vaya la mano y mate a alguien», pensó.

—Estábamos hablando de la casa de Bonfire Hill —dijo alguien.

—Sí, eso mismo —convino otro—. ¿Cuándo le pegamos fuego?

—Con las brujas dentro, por supuesto. Tewson alzó una mano.

—De todos modos, es preciso convenir que Darcey se lo merecía —dijo—. Y en cuanto a esa casa, ya habrá tiempo. Ya habrá tiempo —repitió, con acento en el que Dutton captó una extraña nota de malignidad.

Terminó de cenar, abonó la nota y salió del restaurante. Era relativamente temprano, pero no conocía a nadie y no sentía, por otra parte, deseos de encerrarse en el único cine que, al parecer, había en Hattie Hills.

Todo su afán, en aquellos momentos, estribaba en verse y

conversar con la hermosa y enigmática Cloris Blakeney.

¿Cómo había podido predecir la joven el terrible accidente que había estado a punto de costarle la vida?

CAPITULO III

El perrito se alejó dando tremendos saltos, a la vez que emitía desgarradores aullidos. Smiggy Tewson lanzó una fuerte risotada.

—Así aprenderá esa estúpida de Amy Kelshane —dijo, a la vez que limpiaba la navaja en el trasero de sus pantalones de sarga azul.

A su lado, Robby Callender reía a pleno pulmón. Luego palmeó las espaldas de su amigo.

—Bueno, Smiggy, ya nos veremos a la tarde —se despidió—. Ahora tengo que ir con mi padre o me deslomará si no aparezco por el taller.

—Tu padre es un bestia. Mándalo al diablo —dijo Smiggy.
—Ya lo hago a diario, pero como si no.

Callender se marchó. Smiggy miró malignamente hacia la casa de los Kelshane, que se divisaba a lo lejos entre la arboleda.
Seguían los gritos del desgraciado can. De pronto, una mujer chilló aterrorizada.

—Ya lo han visto —dijo Smiggy.

Y echó a correr por el camino flanqueado de árboles, muy satisfecho de lo que estimaba su venganza, por la bronca que le había echado su padre la víspera. Sabía que Amy adoraba a su perrito y el verlo con un ojo menos, la haría padecer terriblemente.

Para Smiggy, era una venganza de la que obtenía un placer supremo. Y ahora no había gente que le hubiese visto realizar aquella acción.

Al cabo de unos momentos, refrenó la marcha. Metió las manos en los bolsillos y empezó a silbar.

De pronto, una mujer le cerró el paso. Smiggy se detuvo, mientras la contemplaba hostilmente.

—Apártese, vieja bruja —rezongó. Ella extendió un índice

sarmentoso.

—Te he visto —acusó—. Has sacado un ojo a «Trippy».
—¿Y qué? ¿Qué diablos le importa a usted, momia?

—Le has sacado el ojo al perrito. Tú también perderás un ojo.

Smiggy lanzó una fuerte risotada. Luego alargó la mano y quiso apartar a la anciana, pero, de repente, se encontró solo en el camino.
—¿Qué diablos...?
Miró atónito a derecha e izquierda. Al fin, acabó por encogerse de hombros.

—Estoy aquí —dijo ella de repente, a sus espaldas.
Smiggy volvió la cabeza. Súbitamente, sintió un miedo espantoso y echó a correr.

—Te sacarás el ojo izquierdo —oyó la voz de la anciana, que parecía llegar del último confín del mundo.

Smiggy corrió hasta quedarse sin aliento. Cuando al fin, se sintió un poco más tranquilo, moderó el paso.
—Esa vieja está loca —dijo a media voz, para darse ánimos.

Un automóvil subía por el camino. Smiggy quiso hacer una de las suyas y se paró en el centro, con los brazos extendidos.
Dutton frenó en seco y asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué quieres, muchacho? —preguntó. Una navaja automática chasqueó de repente.

—Veinte dólares —dijo—. Deme sólo veinte dólares y le dejaré seguir.

—Tú estás loco, muchacho —contestó Dutton, que había reconocido a uno de los salvajes.

Smiggy se echó a reír. Súbitamente, saltó hacia delante y hundió la navaja en el neumático posterior.

Dutton lanzó una maldición. Cuando quiso apearse, Smiggy huía ya a toda velocidad.

—Yo también tendré que decirle algo a su padre —masculló.

Ahora no tenía más remedio que cambiar la rueda. Por la tarde, repitió sus propósitos, hablaría con el progenitor de aquel delincuente juvenil.

* * *

«Esta debe ser la casa», pensó, cuando vio el edificio, entre los árboles, cuyas copas asomaban por encima de la alta tapia de mampostería.

El jardín, pese a la época del año, tenía un aspecto melancólico. Dutton se acercó a la verja que cerraba la entrada. La casa era antigua, de estilo indefinido, con planta y primer piso. El sendero central se bifurcaba a unos veinte metros de la entrada, para dejar espacio a una fuente, cuyo remate era una estatua de mujer, desnuda, con un ánfora en la mano, de la que caía el agua a una concha cuádruple y de aquí a un estanque de seis o siete metros de diámetro. Dutton buscó algo para llamar y, al fin, encontró el botón de un timbre.

Apretó el botón. A los pocos segundos oyó una voz:

—¿Quién es?

—Me llamo Dutton y deseo hablar con la señorita Blakeney.

No hubo respuesta, pero, de pronto, la verja se deslizó a un lado y desapareció parcialmente en un hueco de la tapia. Dutton consideró

que lo mejor sería dejar el coche fuera, por lo que avanzó a pie hasta llegar a la escalera que permitía el acceso a la puerta principal.

La puerta estaba abierta. Una silueta se recortó en el umbral.

—Yo soy Cloris Blakeney, señor Dutton —dijo la joven.

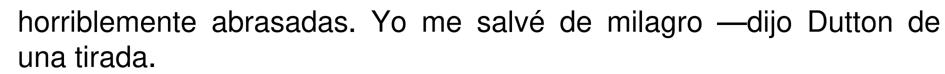
Sobrevino un instante de silencio. Dutton tenía los ojos fijos en la mujer que estaba frente a él. Cloris vestía ahora un traje de color gris oscuro, con cuello y puños blancos, muy ajustado al cuerpo de espléndida silueta.

—Sí, es usted —dijo al cabo.

Cloris sonrió. Su expresión cambió radicalmente.

—No sabía que nos conociéramos, señor Dutton —manifestó.

—Nos vimos hace algo más de cuatro meses en Burlington, cuando yo iba a salir del Perrier’s. Usted entraba en aquel momento, o acababa de entrar. Me paró, dijo que iba a hacer un viaje y me recomendó que lo suspendiera, porque corría el riesgo de morir. A setenta kilómetros de Burlington, sufrí un terrible accidente. He estado mucho tiempo en el hospital. En el accidente, se incendió un camión cisterna y murieron seis personas


horriblemente abrasadas. Yo me salvé de milagro —dijo Dutton de una tirada.

—Lamento lo ocurrido, pero ¿qué tengo yo que ver...?

—¡Cómo! ¿Es que no recuerda su aviso? Cloris hizo un gesto negativo.

—No, no lo recuerdo —contestó. Dutton apretó los labios.

—En tal caso, siento haberla molestado, señorita Blakeney —dijo—. Pero quiero que sepa que no la he mentido en absoluto y que, durante la convalecencia, he pensado intensamente en usted. Cada minuto me repetía a mí mismo que no debía parar hasta encontrarla, lo que, afortunadamente, ha sucedido hoy.

—Le doy las gracias por el interés que muestra en mi persona —contestó la joven—. Lamento infinito su accidente y celebro que esté ya repuesto por completo. Pero no nos hemos visto jamás...

—Señorita Blakeney, ¿ha oído hablar usted de los retratos «robot» que hacen los dibujantes de la Policía, cuando carecen de fotografías auténticas?

—No entiendo, señor Dutton.

El joven sonrió levemente. Momentos después, mostraba el dibujo hecho en Burlington.

—Si yo no la hubiese visto, ¿habría sabido describirla tan bien al dibujante de la Policía? Ella le devolvió la cartulina, tras un breve examen.

—Debe de tratarse de una casualidad —manifestó.

—Muy bien. ¿Puedo hacerle dos preguntas? En cuanto haya terminado, me iré, señorita Blakeney.

—Espero poder darle las respuestas —dijo ella.

—Yo también lo creo así. La pregunta es: ¿Está casada?

—No...

—¿Tiene prometido?

—No, pero...

—Muchas gracias —sonrió Dutton—. Le diré una cosa: estoy locamente enamorado de usted y un día pienso pedirle su mano y que acceda a ser mi esposa. No, no me tome por un loco ni un maniático; estoy en mi sano juicio y sabré tener la suficiente paciencia hasta lograr que usted me corresponda. Hasta la vista, señorita Blakeney.

Dutton dio media vuelta y echó a andar. Veinte pasos más adelante, volvió la cabeza. Cloris seguía en la puerta, muy seria al parecer, aunque él creyó ver en sus labios la sombra de una sonrisa.

Cuando salió, el jardín ya no le parecía tan melancólico. Ignoraba por qué Cloris había negado el encuentro..., pero había tiempo de sobra. No se movería de Hattie Hills sino hasta que hubiese conseguido el amor de aquella hermosa joven.

Detrás de Cloris sonó de pronto una voz:
—¿Te gusta?

—Sí —respondió ella.

—Su amor puede acarrearte graves contratiempos.

—No me importa. Sabré salir adelante —dijo Cloris, con los ojos iluminados por una extraña luz.

* * *

—Esa chica me tiene rabia —dijo Smiggy Tewson aquella tarde, en el bar—. Yo no sé nada de su maldito perro.

—Ten cuidado con el padre —avisó alguien.

—Bah, que se vaya al diablo. —Smiggy hizo brillar el acero de su navaja—. Si se me acerca, le pincharé.

—Kelshane le tiene rabia, porque el padre de Smiggy le canceló el contrato para el transporte de materiales para la construcción de aquel bloque de apartamentos —dijo Robby Callender—. ¿No era lógico que lo cancelase, cuando había otro que podía hacer el trabajo por menos dinero?

Bat Clark, el *barman,* limpió un vaso, mientras pensaba que el maldito y podrido dinero de los Tewson tenía en un puño a la ciudad. «A ver cuándo le pega alguien un tiro», pensó.

Podía ser alguno de los empleados de Lyman Paracutt. El señor Paracutt se había establecido en Hattie Hills hacía algunos meses. De él y de sus empleados se decían algunas cosas nada agradables, aunque, hasta el momento, no habían dado grandes motivos de queja para nadie. Clark había vivido una temporada en Chicago, donde aprendió a conocer a la gente. Si Paracutt y los suyos no eran una banda de *gangsters,* él era un marciano.

Por cierto, Darcey se había roto una pata. Le estaba bien empleado. Darcey era muy aficionado a sacar dinero a la gente, con cualquier motivo. Le gustaba impresionar a los timoratos. Ahora, sin embargo, se tiraría dos meses con la pierna enyesada. Lástima que no se hubiera roto el cuello, pensó, mientras servía una cerveza a un cliente que acababa de entrar.

Junto al mostrador, Smiggy y su incondicional Robby seguían charlando. Cada una de sus frases era una salvajada. No respetaban a nadie, se dijo Clark melancólicamente.

Otro jovenzuelo se unió a la pareja. Era Tab Brodline, tan cínico y desvergonzado como los otros dos.

—Eh, Smiggy, me han dicho que les has sacado el ojo al perrito de Amy.

—El bicho quiso morderme —contestó Smiggy—. Yo me defendí

con la navaja, eso es todo.

—Ese perrito es inofensivo —intervino Clark, sin poder contenerse.

—Cierra el pico, bastardo —exclamó Robby.

—Lástima que no se hubiera sacado él su propio ojo —contestó el *barman* de mal talante.

Smiggy volvió a sacar la navaja.

—Un día de éstos te...

De repente, se echó a reír.

—Bat, voy a darte una lección, para que no te metas en mis asuntos —exclamó.

Se separó del mostrador y fue hacia una de las ventanas. Clark adivinó sus intenciones.

—¡Deja la persiana en paz! —gritó.

—¡Vete al diablo, hijo de perra!

Clark se enfureció y abandonó el mostrador. Pero, de repente, ocurrió algo horrible.

—¡Voy a sacarme un ojo! ¡Ella me lo ha ordenado! —chilló Smiggy.

La mano con la que se disponía a destrozar la persiana se volvió hacia su propia cara. El acero se hundió en el globo ocular. Smiggy lanzó un grito horripilante, mientras la mano hacía girar el metal en la cuenca. La sangre corrió por el lado izquierdo de su cara.

Un pingajo blanco, azul y rojo cayó al suelo. Smiggy lanzó una carcajada escalofriante.

—Yo también tengo ahora un ojo de menos —chilló.

Los circunstantes estaban llenos de horror, paralizados por el asombro. De pronto, Smiggy emitió un ronco sonido y se desplomó al suelo sin conocimiento. La sangre continuaba manando de la ahora vacía cuenca orbital.

Robby lanzó una mirada al ojo que yacía en el suelo, a dos pasos de Smiggy. De pronto, le subió una arcada a la garganta. Inclinándose a un lado, empezó a vomitar.

CAPITULO IV

El hombre de la camisa de uniforme, de manga corta y color crema, miró críticamente a su visitante. Sobre el lado izquierdo de la camisa, se veía una placa, que era, en realidad, una estrella de ocho puntas. En el centro de la placa se veía una inscripción: JEFE DE POLICIA. HITTLE HILLS.

—Siéntese, señor Dutton —dijo el policía—. Mi ayudante me ha informado de que quería hablarme.

—Así es, señor Chaine. Deseo presentar una denuncia.

—¿Contra quién, por favor?

—El nombre es Smiggy Tewson. Me amenazó con su navaja y me pidió veinte dólares. Como me negué a satisfacer su capricho, me cortó una de las cámaras de mi automóvil.

Morgan Chaine apretó los labios.

—Otra vez ese condenado Smiggy —murmuró.

—¿Decía...? Chaine alzó la voz.

—Tendrá testigos, supongo, señor Dutton.

—Pues... no. El encuentro ocurrió esta mañana, en el camino que conduce a Bonfire Hill. Smiggy paró el coche, situándose en el centro del camino, y entonces fue cuando...

—Si no tiene testigos de lo ocurrido, temo que su denuncia no podrá prosperar, señor Dutton.

El forastero sonrió.

—Ya me imaginaba algo por el estilo, pero no podía por menos de venir a verle a usted. De todos modos, muchas gracias, jefe Chaine.

—Lo siento de veras, créame.

—¿Siente también lo que dos salvajes hicieron ayer a una muchacha que no tiene más de dieciséis años?

El rostro de Chaine se envaró.

—Amy Kelshane no ha presentado ninguna queja —
respondió fríamente. Dutton se puso en pie.

—Jefe, no me crea un forastero de película que viene a librar a una ciudad del cacique que la tiene aterrorizada —dijo—. No; los motivos de mi presencia en Hattie Hills son muy distintos y por mí, Smiggy y su compinche pueden quemar el pueblo. Pero puede que un día la gente se canse y alguien le abrase vivo. Entonces, usted, más que un padre rico y complaciente, será el verdadero culpable.

—Señor Dutton, no le tolero...

De súbito, unas voces destempladas interrumpieron a Chaine. La puerta se abrió con violencia.

—¡Jefe! Smiggy se ha vuelto loco en el bar de Bat Clark y se ha sacado un ojo él mismo con su propia navaja —gritó el ayudante.
Chaine se levantó de un salto.
—Pero ¿cómo diablos...?

Dutton se echó a un lado, mientras los policías abandonaban la oficina a todo correr. Al

salir a la calle, vio una gran excitación.

Tres o cuatro hombres llevaban en brazos un cuerpo humano. Grandes gotas rojas marcaban el rastro que seguía aquel grupo, del que brotaban terribles gritos de cólera.

Dutton quedó ante la puerta del edificio, profundamente pensativo. Ezra, el recepcionista, le había informado del sádico acto cometido por Smiggy. ¿Qué le había sucedido a aquel joven salvaje, para sacarse él mismo un ojo con su propia navaja?

—Ha sido espantoso —dijo alguien.
—Ese chico se ha vuelto loco, seguro —comentó otro.

—Loco está desde que nació.
—Si su padre no le diese todos los caprichos...

—Cuidado, ahí viene Tewson.

Alguien había avisado al padre de Smiggy. Dutton lo vio desaparecer en el interior de la casa del médico.

Al cabo de unos minutos, se encaminó hacia el bar. Su dueño parecía muy ocupado limpiando el suelo.
—Me lo han puesto perdido —gruñó.

—Usted lo vio, creo —dijo Dutton.
Clark se enderezó y miró al recién llegado.

—No me alegro de lo que le ha sucedido, pero un día u otra tenía que pasarle algo. Y mientras el perjudicado sea el propio Smiggy, créame, yo no pienso derramar una lágrima.

—Sí, me lo imagino. ¿Quiere ponerme una cerveza?
—Claro.

Clark se situó detrás del mostrador.

—De todos modos, estoy preocupado. Ese pequeño forajido podría haber ido a sacarse el ojo en otro sitio.
—¿Cree que esto puede traerle complicaciones, Bat?
—¡Hum! —rezongó el dueño del bar.

Un hombre entró en aquel momento y se situó en un extremo del mostrador.
—Whisky —pidió.

—Al momento, señor.

Clark se alejó del lugar ocupado por Dutton. El joven quedó, saboreando la cerveza, mientras pensaba en los extraños acontecimientos que tenían lugar.

—Usted teme ahora la reacción de
Tewson —dijo el cliente. Clark respingó.
—Hombre, figúrese...
—Puede evitarlo por sólo cincuenta mensuales.

El *barman* dejó de fregar el mostrador instantáneamente. Desde el otro lado, Dutton se dio cuenta del cambio de expresión de su cara.
—Protección, ¿eh? —dijo Clark.
—¿Cómo lo sabe? —inquirió el hombre, sarcástico.

—He vivido en Chicago durante unos años.
—Entonces, se comprende. Deje ya de preocuparse por Tewson.

—Voy a preocuparme por mí. No puedo pagar ese dinero.

—El ser humano puede hacer cosas que muchas veces estima por imposibles. De todos modos, no tenemos prisa. Y le haremos gratuitamente una demostración. Si Tewson le molesta, llame inmediatamente a este número.

Clark tomó el papel que le entregaba el sujeto. Pero casi en el mismo instante, se abrió la puerta.

—Me parece que no voy a tener necesidad de llamarles. Ahí está Tewson —murmuró. Stuart J. Tewson se había detenido a unos pasos de la entrada, con las manos en las

caderas y los ojos inflamados por la cólera más absoluta. Era un hombre de unos cincuenta años, fornido, de mandíbula cuadrada y pelo rojizo, en el que todavía no se veía una sola hebra blanca.

—Clark, mi chico ha cometido una barbaridad, aquí, en tu casa. Voy a hacértelo pagar muy caro. Tú le has dado drogas. Esto te va a costar unos años de cárcel. La ruina, ¿me entiendes?

El dueño del bar se había quedado mudo de asombro ante la monstruosa acusación. Chaine, el jefe de policía, asomaba tras Tewson, pero no parecía dispuesto a intervenir por el momento.

Dutton se apeó del taburete.

—Señor Tewson, la culpa de lo ocurrido no la tiene nadie, sino usted mismo, por la pésima educación que ha dado a su hijo, al que ha hecho creer es el dueño y señor de la ciudad —dijo con voz vibrante—. Yo mismo fui ayer testigo presencial de la indignidad que cometieron con una chica de quince años y hoy mismo he sufrido el vandalismo de su adorado vástago. Esta misma mañana, me puso la navaja al cuello y me pidió veinte dólares. Como no se los di, me rajó un neumático del coche y salió corriendo. Lo que le ha sucedido es lamentable, pero consecuencia, a fin de cuentas, del permiso que tiene para cometer toda clase de salvajadas, como sacar el ojo al perrito de la muchacha a quien desnudaron ayer y luego lanzaron al estanque de la plaza.

—¡Se ha sacado un ojo, atiborrado de drogas! —aulló Tewson.
—Ha sido el remordimiento por su acción, seguramente. Consulte con un psiquiatra...

Pero ¿es que cree a Bat tan tonto como para dedicarse en un pueblo

tan pequeño a esa peligrosa actividad?

Tewson le miró con furia difícilmente reprimida.

—Morgan, ¿quién es este hombre? —preguntó, sin volver siquiera la cabeza.

—Dice que se llama Gerald Dutton, es todo lo que sé —respondió el policía opacamente.

—Le he mostrado mi documentación, así que soy el que digo y no otro —exclamó el joven ásperamente.

—Estamos perdiendo el tiempo, Morgan —bramó Tewson—. Te lo pido oficialmente. Arresta a Bat Clark ahora mismo. Yo le acuso de tráfico y venta de drogas. ¿Está claro?

Chaine avanzó hacia el mostrador.

—Ya lo has oído, Bat. Quítate el delantal y ven conmigo —ordenó con forzada severidad.

—Eso es absurdo, un abuso de autoridad —protestó Dutton, indignado. Clark lanzó el delantal al suelo, con gesto de rabia.

—Morgan, cuando el señor... no, no quiero decir señor, porque no lo es, ni lo ha sido ni

lo será jamás... Llegará un día en que Tewson escupa en el suelo y te ordene lamer su saliva y tú lo harás, tan vergonzosamente servil como ahora. Tengo unos pocos ahorros, por supuesto, pero me los gastaré íntegramente en demandarlos a los dos. Por Dios que lo haré y conseguiré que me paguen...

—Acaba ya de una vez y sígueme. Porque eres tú, no te esposaré, Bat; pero te ruego no hagas un disparate —dijo Chaine.

—Vaya con él —murmuró el desconocido—. Hoy mismo quedará en libertad. Lo que le dije antes sobre la protección, no era una invención mía.

Cuando Clark salía del bar, Tewson extendió el índice hacia Dutton.

—Usted, haga las maletas y lárguese de la población cuanto antes —ordenó.

—Hattie Hills no le pertenece. Yo puedo estar aquí todo el tiempo que me plazca, con o sin su permiso —respondió Dutton fríamente.

—A la noche iré al hotel, a ver si es cierto que sigue en el pueblo —se despidió Tewson fríamente.

El desconocido se acercó a Dutton y le ofreció un cigarrillo.

—Soy Lemmy Erdle —se presentó.

—Gerald Dutton —dijo el joven, todavía estremecido por la cólera que se había apoderado de él momentos antes—. ¿Ha visto alguna vez un caso más claro de ca-ciquismo?

Erdle sonrió de un modo extraño.

—Tewson no es sino un saco lleno de viento, que puede deshincharse con toda facilidad —respondió desdeñosamente—. Bien, en ausencia del amigo Bat, tendré que ocuparme yo de su negocio. Con permiso, amigo Dutton, voy a hacer una llamada telefónica...

Dutton aspiró el humo del cigarrillo que le había sido ofrecido. Luego, con paso mesurado se encaminó hacia la calle.

Había muchos corrillos, que comentaban con gran excitación lo sucedido. Una voz se alzó sobre el rumor de las conversaciones:

—Tendríamos que ir a pegar fuego a Bonfire Hill. En Hattie Hills no viviremos tranquilos hasta que esa casa haya ardido hasta los cimientos.

Dutton oyó aquellas palabras y se sintió sumamente preocupado.

* * *

Atardecía ya. Dutton estaba situado tras los cristales de su ventana, contemplando el panorama de la plaza, en la que el movimiento de hombres parecía incesante. Una o dos veces, Dutton vio brillo de armas de fuego y sus aprensiones subieron de punto considerablemente.

De pronto, oyó que llamaban a la puerta.
—¡Adelante!

Una mujer entró, con una bandeja en las manos. Asombrado, Dutton reconoció a la hermosa rubia con quien se había cruzado el día de su llegada.

—Hola —saludó ella—. Soy Gail Bengsson, gerente del hotel. Me pareció que no querría cenar en el comedor; por eso he subido aquí una bandeja con comida.

—No sé cómo darle las gracias, señorita... —dijo Dutton, un tanto desconcertado.

—Señora —corrigió ella. El vestido era estampado, de tejido muy fino y ceñido como una segunda piel, lo cual permitía advertir en el acto que debajo de aquellos vivos colores sólo había un mínimo de ropa interior.
—Señora Bengsson, muchas gracias —sonrió Dutton.
—Está mirando lo que pasa en la plaza, ¿verdad?

—Sí. Me siento preocupado. Hablan de ir a quemar una casa...

—La Casa de las Tres Brujas. Bueno, al menos, la gente cree que lo son. Y algo debe de haber de cierto en esa creencia.

—No me diga —rió él—. ¿Todavía creen aquí en las brujas? Gail se acercó a la ventana y apartó las cortinillas,
—¿Se ha enterado de lo que le ha pasado hoy al hijo de Tewson? —inquirió.

—Tuve un encuentro muy desagradable con él. Seguramente, se ha vaciado el ojo por remordimiento...

—Remordimiento. —Gail exhaló una risa burlona—. Ese pequeño diablo no conoce la palabra ni su significado. Han sido ellas, las brujas de Bonfire Hill.

—Pero ¿por qué?
—Habría que preguntárselo a ellas, ¿no cree?

—Señora Bengsson, yo soy forastero en este pueblo.
—Sí, lo sé. Bien, no quiero molestarle más...

Gail dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Dutton la detuvo antes de que cruzase la estancia por completo.
—Señora...
Ella sé volvió.

—Dígame —sonrió.
—¿Le ha dicho algo Tewson con respecto a mí?

—No, en absoluto. ¿Qué tenía que decirme, señor Dutton?

—Me ordenó que abandonase el pueblo antes del atardecer. No lo

he hecho ni pienso hacerlo.

—A veces, Tewson se cree un señor feudal. Incluso con derecho de pernada. ¿Sabe usted lo que eso significa?

Dutton emitió una sonrisa maliciosa.

—Lo sé perfectamente, señora Bengsson —contestó.

—Conmigo quiso ejercer ese derecho, pero yo no lo tolero sino a los hombres que son de mi agrado. ¡Buenas noche, señor Dutton!

El joven se quedó solo. Parpadeó.

—Caramba con el señor Tewson. Derecho de pernada y todo. No se priva de ningún capricho —dijo a media voz.

Luego dirigió una mirada hacia la bandeja y decidió que el contenido era muy apetitoso y que convenía dejar limpios los platos.

Al terminar, salió del hotel. Era todavía demasiado pronto para acostarse y quería dar una vuelta, a fin de averiguar discretamente el mayor número posible de detalles.

Pasó por delante de la oficina de Chaine. La puerta estaba entreabierta. Salían voces coléricas del Interior.

—La acusación es infundada —protestaba el jefe de policía—. He tenido que soltarle por falta de pruebas...

—A usted le puse yo aquí. Tiene que arrestar a Bat —gritaba Tewson, fuera de sí.

—Lo siento, no puedo hacerlo.

De pronto, un hombre apartó violentamente a Dutton y se coló en la oficina.

—Señor Tewson, cuando quiera, estamos fistos —dijo.

—Está bien, Alf, vamos allá. Morgan Chaine, mañana hablaremos de este asunto — exclamó el colérico Tewson, a la vez que se dirigía hacia la puerta—. Si cree que lo que le ha pasado a mi hijo va a quedar así, está muy equivocado.

Los dos hombres salieron corriendo y pasaron junto a Dutton, sin darse cuenta de su presencia. Dutton oyó que Chaine quedaba en su sitio, emitiendo maldiciones que se referían a su impotencia para resolver la situación.

De repente, en alguna parte de la plaza, sonó un grito de furia.

CAPITULO V

—¡Hay que pegar fuego a Bonfire Hill! Dutton sintió un escalofrío.

Cloris estaba allí. ¿Era, acaso, una de las tres brujas que le había mencionado Gail Bengsson?

Un oscuro instinto le hizo correr hacia su automóvil. Debía avisarla antes de que fuera demasiado tarde.

El coche estaba parado frente al hotel. Abrió la portezuela, se sentó tras el volante y dio el contacto. Inmediatamente, arrancó a toda velocidad.

Tocó la bocina. Había muchos grupos de hombres furiosos que le obstaculizaban el paso. Se separaron a los lados, mirándole visiblemente disgustados. Alguien se quejó a voz en cuello de que faltaba combustible.

—Una pésima organización —dijo otro.

—De todos modos, yo no me creo ese cuento. Y no pienso colaborar en lo que no es sino una salvajada, que se va a cometer, para complacer a Tewson.

«Menos mal que, al menos, hay un hombre sensato», pensó Dutton. Encontró espacio más despejado y pisó el acelerador a fondo.

Segundos más tarde, por el retrovisor, vio luces de automóviles que se ponían en marcha. Confió en llegar a tiempo para avisar a Cloris que escapase.

Antes de cinco minutos, divisó la alta tapia de la propiedad. Buscó un lugar discreto y escondió el automóvil. Después de abandonarlo, corrió a la verja y buscó el timbre de llamada.

La voz de Cloris sonó por el interfono a los pocos segundos:
—¿Quién es? —preguntó la joven.

—Dutton, señorita Blakeney. Por favor, es muy urgente; hay un grupo de exaltados que vienen a quemar esta casa...

Ella lanzó una exclamación de asombro. En el mismo momento, Dutton oyó furiosos toques de claxon y gritos destemplados a muy poca distancia.

El instinto le hizo escapar de la verja. Confiaba en que hubiese una puerta trasera. Cloris oiría el estruendo y huiría antes de sufrir el menor daño.

Los gritos sonaban a menos de cien metros, pero Dutton creyó advertir que se mantenían a la misma distancia. Oculto entre la maleza que bordeaba el camino, re-trocedió hasta hallarse en las inmediaciones de los furiosos incendiarios.

En el cielo había una luna enorme, brillante. Las sombras eran muy acusadas, pero también había zonas de gran claridad. Dutton pudo ver una veintena de hombres parados en el camino, debido a una causa misteriosa.

Una sombra oscura se hizo visible de pronto. Los gritos se acallaron en el acto.

—¡Perros! —dijo una voz cascada, pero enérgica—.
Sólo sois eso, perros. El silencio se había hecho de
un modo absoluto. La anciana siguió:

—¡Haced lo que hacen los perros cuando están rabiosos! ¡Todos, todos sois perros! ¡A morder, perros!
Una escena alucinante se desarrolló en aquel instante. Los que tenían armas las tiraron

y lo mismo hicieron los portadores de las latas de combustible. Los gritos se transformaron en ridículas imitaciones de ladridos, pero casi en el mismo instante, aquellos hombres se arrojaron los unos contra los otros, peleándose y mordiéndose salvajemente, convertidos en auténticas fieras.

Dutton creía soñar. Allí había un maremágnum de piernas y brazos, de dentaduras que se abrían y cerraban sobre su presa, gritos de dolor, aullidos de fieras enloquecidas...

Retrocedió, aterrado. El espectáculo le infundía un pánico espantoso. A los gruñidos de cólera respondían otros de dolor, pero los hombres, revolcándose por el suelo, se comportaban como auténticos perros rabiosos.

De repente, alguien gritó:
—¡Basta!

Las peleas y las dentelladas cedieron en el acto. Alguien empezó a sollozar.
—¿Qué me ha pasado?
—Me han mordido...

—Tengo todas las ropas desgarradas...
—Mi pierna, mi pierna...

Uno o dos se pusieron en pie y, tambaleándose, retrocedieron por el camino, en dirección al pueblo. Los demás, poco a poco, les siguieron, terriblemente confundidos, sin saber muy bien qué les había pasado.

Dutton se escondió tras la maleza. Momentos más tarde, el camino estaba completamente desierto.

La anciana había desaparecido. Dutton se preguntó si lo ocurrido no era una pesadilla. De pronto, oyó una voz a sus espaldas:
—Gracias por haber venido a avisarme, señor Dutton.

* * *

Dutton casi exhaló un grito de alegría al percibir la voz suave y cadenciosa de la joven. Volvió la cabeza. Allí estaba Cloris, esbelta como una espiga madura, con el rostro plenamente iluminado por la luna, con la serena belleza de una diosa griega.

—Pero se alarmó en vano. No era mi casa la que pretendían quemar esos salvajes — agregó Cloris.

—¿Cómo? —exclamó Dutton, atónito.

—No es mi casa la única de esta zona, aunque sí la más grande. Ellos se referían a otra.

—Sigo sin entender...

—Allí viven tres ancianas muy simpáticas y amables.

—Algunos las califican de brujas —dijo él.

—Gente sectaria, ignorante, plagados todos de estúpidas supersticiones. No haga caso de lo que digan esos miserables lugareños.

Dutton respingó.

—Oiga, señorita Blakeney, lo que yo he visto y oído, no es una ilusión de mis sentidos precisamente —alegó.

—Es cierto, pero... —Cloris se mordió los labios—. Gracias otra vez. Dutton se percató de que Cloris iba a marcharse y se adelantó hacia ella.

—
Aguarde,
por favor
—rogó.
Ella le
miró,
sonriente.

—¿Todavía piensa lo mismo de mí? —preguntó.

—¡Sí! —exclamó él, apasionadamente—. La vi una vez en Burlington y en el mismo momento, me enamoré de usted. Créame, hablo absolutamente en serio...

—Es curioso. He tenido pretendientes, pero ninguno me dijo jamás que se había enamorado de mí a primera vista.

—A mí me pasó y no siento el menor rubor en confesarlo. Pero tampoco voy a ser tan estúpido como para esperar una inmediata respuesta afirmativa. Tendré paciencia. Cloris volvió a sonreír.

—Me resulta usted simpático, señor Dutton...
—Se lo ruego, llámeme Jerry.

—Muy bien, Jerry. Agradezco mucho sus palabras, pero no me gustaría dar demasiadas alas a sus ilusiones.

—Déjeme venir a verla con alguna frecuencia, es todo lo que le pido. Las pestañas de Cloris aletearon un instante.

—No puedo negárselo —contestó, a la vez que le tendía la mano.

Dutton la estrechó con fuerza. Por un instante, se sintió tentado de preguntarle cómo había adivinado que iba a sufrir un terrible accidente, pero llegó a la conclusión de que era preferible intimar con Cloris un poco más.

Era mejor ser paciente. A fin de cuentas, había conseguido lo principal: permiso para visitarla cuando quisiera.
—Gracias —murmuró.

Cuando se alejaba en busca de su coche, se sentía un hombre nuevo. Sintió deseos de cantar a voz en cuello, pero la ocasión y el lugar no le parecieron propicios y logró contenerse.

Luego, de pronto, recordó la terrible escena de veinte hombres enloquecidos, acometiéndose como perros rabiosos, y dejó de sentirse optimista.

* * *

La ciudad parecía abrumada, aplastada bajo un inexplicable desastre. Había muy poca gente en la calle y los escasos transeúntes se movían con paso rápido, mirando aprensivamente en todas direcciones.

Dutton vio alguno con parches y vendas en las manos y en la cara, y hasta un brazo en cabestrillo. Sin hablar con nadie, entró en el bar de Bat Clark y se sentó en un taburete.

—Han retirado la acusación —sonrió.

—Resultó inevitable. La acusación era ridícula —dijo Clark—. ¿Qué tomará, señor Dutton?
—Café, por favor.

—Al momento.

Los dos hombres guardaron silencio unos minutos, mientras Dutton consumía él contenido de la taza. Después, encendió un cigarrillo.

—He oído rumores, Bat —dijo con
aire intrascendente. Clark asintió.

—Creo que acoche sucedió- algo horrible —contestó—. Se volvieron locos y se

.mordieron los unos a los otros, como fieras salvajes. El médico no daba abasto a curar las heridas.
—Tal vez se drogaron —dijo el joven, con ánimo de obtener más información.

—No hay drogas en este maldito pueblo. Todo fue una invención de Tewson. Lo hicieron las brujas de Bonfire Hill.
—¿Son brujas auténticas?
—Aquí lo creemos todos, señor Dutton.

—Las brujas no existen, Bat.

—Eso es lo que dicen ellas, para confiar a los mortales. Puede que no vuelen en una escoba, pero hacen hechizos y mal de ojo y... ¿Por qué, anoche, veinte hombres y derechos se convirtieron momentáneamente en perros rabiosos?

—¿Ha hablado usted con alguno de ellos?

—Sí, Nils Langtry. Es un buen amigo mío, aunque se deja influir demasiado por Tewson. Langtry tiene dos mordeduras, una en el brazo izquierdo y la otra en el costado del mismo lado. Me ha dicho que se vio mezclado en una pelea de perros furiosos. El vio perros que le atacaban y atacó a su vez. Estuvo convertido en un perro, créame.

«Sugestión», pensó Dutton.

—Bat, si esos hombres no hubieran querido quemar la casa de las brujas, no les habría pasado nada, supongo —dijo.
Clark se encogió de hombros.

—Algo habrá que hacer para sacudirnos su maligna influencia —dijo, visiblemente malhumorado.

—¿Es peor la influencia de las brujas que la de Tewson?

—A Tewson se le puede combatir con la ley... —Clark se mordió los labios súbitamente—. Bueno, quiero decir que se le puede combatir

con métodos humanos. Pero a unas mujeres que usan sus poderes sobrenaturales, ¿cómo se las puede combatir?

—Vamos, vamos, no será para tanto...

Clark apoyó los codos en el mostrador.

—Le diré una cosa: no sé qué le pasaría, pero un tipo llamado Darcey se burló de una de las brujas. Lo sé por el dueño de la droguería, que es también muy amigo. La bruja le amenazó con el bastón y Darcey se lo quitó para rompérselo. Ya sabe, se sujeta un bastón con las dos manos y se levanta la rodilla... Bueno, ella le advirtió que no lo hiciera, que se le rompería el hueso. Darcey se rió porque es un tipo como un castillo, capaz de partir con las dos manos una viga de hierro... Sí, en efecto, el bastón resistió y el hueso se rompió como si hubiese sido una caña. Mi amigo tuvo luego el bastón en la mano y no era de hierro, sino de simple madera...

El *barman* se pasó una mano por la cara.

—¿Qué me dice del bestia de Smiggy? Ha admitido que sacó un ojo al perrito de Amy Kelshane y que se encontró poco después con una de las brujas. Ella le ordenó que se sacase el ojo con su propia navaja... Lo vimos todos, pasó aquí, en mi local...

Dutton apreció que Clark parecía muy impresionado. Aquellas mujeres, de las cuales

sólo había visto a una, ¿poseían, en efecto, poderes sobrenaturales?

—Algún día reuniremos leña, levantaremos una pira y las quemaremos aquí, en la plaza pública —concluyó Clark, rabiosamente.
—Bat, ¿no estará exagerando? —dijo el joven.

—Le he expresado el sentimiento general. Hattie Hills es hoy una ciudad invadida por el pánico y no viviremos tranquilos sino hasta que esas tres mujeres hayan desaparecido en las llamas purificadoras.

El párrafo podía ser altamente melodramático, pero delataba indudablemente el estado de fanatismo colectivo que parecía invadir a los habitantes de Hattie Hills. Ello podía resultar peligroso porque cabía la posibilidad de que desembocase en un histerismo total, que podía terminar en una explosión de violencia de incalculables consecuencias.

Dutton se preguntó si resultaría conveniente visitar a las tres supuestas brujas. Pero, a fin de cuentas, ¿no había ido a Hattie Hills por otros motivos muy distintos?

Procuró concentrar sus pensamientos en Cloris Blakeney. Sería maravilloso que la joven correspondiera a sus sentimientos.

CAPITULO VI

Un perro aulló lúgubremente, rompiendo el silencio de la noche. Los aullidos del can se extendieron por toda la población.

Sobresaltado, Dutton se despertó y se sentó en la cama. El perro seguía aullando. Dudó unos segundos. Al fin, saltó de la cama y se puso la bata y las zapatillas. Abrió la ventana. El perro aullaba casi sin cesar.

Sonaron voces de protesta:
—¡Que se calle ese maldito can!

—A ver, el dueño, que le pegue un tiro.

Dutton vio la silueta de un hombre que se movía por la plaza. Era uno de los ayudantes del jefe Chaine, de turno de noche.

El policía llevaba su revólver en la mano. A medida que avanzaba, el perro parecía retroceder.
—Vamos, condenado, sal que yo te vea —dijo una vez el hombre.

Dutton vio al policía que parecía contornear la plaza. El perro debía de verle también porque retrocedía, sin dejar de lanzar sus tétricos aullidos.
De pronto, alguien pareció ver al animal.
—¡Ahí, Tod, detrás del seto! —gritó el individuo desde la ventana de su casa.

—Ya lo veo, señor Kremell.
—Entonces, mátalo, mátalo, maldita sea...

Tod Barker, ayudante del jefe de policía, adelantó unos cuantos pasos. Vio un bulto oscuro y apretó el gatillo varias veces.

Los disparos se tradujeron en fogonazos y estampidos. De repente, se elevó en la noche un horripilante alarido.

—¡Dios! —exclamó Barker—. ¡No era un perro!

La gente empezó a salir de sus casas. Se encendieron luces. El agente, de súbito, cayó de rodillas y empezó a sollozar.
—Lo he matado, lo he matado...
Varios curiosos corrieron hacia aquel lugar.
—¡Rayos, es Edwin Millis! —gritó uno.

—Estaba a gatas, aullaba como un perro rabioso —gimió Barker.

Dutton se sintió terriblemente impresionado. Desde la ventana, podía ver el grupo de gente que rodeaba al policía y a su víctima.

—Yo no quería hacerlo. El aullaba y aullaba... —decía Barker, espantado por la enormidad de su acción.

Uno dijo:
—Edwin formó parte del grupo que iba a quemar la casa de las brujas.

Algunos de los que se hallaban presentes, sintieron de súbito un miedo espantoso y escaparon a todo correr. Chaine vino a poco, sujetándose con una mano los pantalones puestos a toda prisa.

—¡Tod! ¿Qué has hecho? —aulló, al ver el cuerpo ensangrentado. El ayudante estaba deshecho. Un hombre se adelantó.

—Morgan, en cierto modo, yo soy también culpable. Oímos aullidos, todos creíamos que era un perro... Yo le dije a Tod que lo matase. Podía estar rabioso, pero ¿quién se iba a figurar que era Edwin Millis? Andaba a gatas y aullaba...

Chaine se pasó una mano por la cara.
—Las brujas, las brujas... —murmuró.

—Hemos de quemarlas —gritó uno. El jefe de policía se volvió en el acto.

—¿Por qué no vas a la colina y lo haces tú mismo, Jeff Moore? —gritó, de mal talante. Moore retrocedió.

—Tendríamos que hacerlo entre todos —dijo. Una voz calmosa y serena sonó de pronto:

—Jefe Chaine, usted debe mantener aquí la ley y el orden. Quemar a tres pobres mujeres, sólo porque un tipo se haya emborrachado y pudiera creerse un perro, sería un crimen del que tendría que responder ante las autoridades del Estado.

Chaine se volvió. Dutton, con la luz apagada, veía y oía todo perfectamente. El hombre que había hablado era alto, bien parecido, con las sienes canosas, de aire enérgico y dominante.

—Sí, señor Paracutt, tiene usted razón —respondió—. Debo mantener la ley y el orden. Nadie tocará a las tres ancianas de la colina. ¿Me han oído? ¡Vamos, disuélvanse; regresen todos a sus casas!

Otro ayudante se había unido al grupo.
—He avisado al médico, jefe —informó.

—Está bien, Jack —contestó Chaine—. Señor Paracutt, váyase tranquilo.
—Gracias, Morgan.

Paracutt abandonó el lugar con paso mesurado. Dutton se preguntó quién podría ser aquel individuo. Parecía persona de influencia. Pero

¿no había oído decir que Tewson era el amo dé la población?

Una vez más, la imagen de Cloris apareció ante sus ojos y se despreocupó de cuanto le rodeaba. Aquella hermosa mujer le había fascinado por completo.

Volvió a la cama. Los murmullos de la plaza se extinguieron lentamente. Al fin, se durmió, pero no soñó con Cloris, como habría deseado. Soñó que veía a tres mujeres muy viejas, ardiendo entre las llamas de una hoguera, mientras a su alrededor bailaban enloquecidamente cientos de hombres y mujeres.

* * *

A través del interfono, dijo:
—He venido a visitarla, Cloris.

—Entre, por favor —accedió la joven.

Dutton inspiró profundamente. La reja se deslizó a un lado. Cruzó la entrada., Cloris descendía en aquel momento por las escaleras que conducían a la casa.

Estaba más hermosa que nunca. Cloris vestía un sencillo traje de color claro, casi blanco, con zapatos de medio tacón. Las mangas quedaban un poco más arriba de los

codos y permitían ver unos brazos perfectamente contorneados. Dutton la miró intensamente, mientras retenía su mano.

—¿Cómo he podido enamorarme de usted? —preguntó. Cloris se echó a reír.

—¿No será sugestión? —dijo.

—No. Es algo más profundo. Jamás había sentido nada semejante por una mujer. Ella le indicó un banco y se sentaron.

—Sin duda, ha conocido a muchas —dijo.

—Algunas. No quiero ser inmodesto ni insincero. Tenía un buen negocio y ganaba dinero. No soy mal parecido, de modo que usted misma puede darse cuenta de que no me han faltado oportunidades.

—Y las desperdició o las rechazó.

—Ninguna de ellas llenaba mi vida, Cloris.

—¿Y yo sí? ¡Pero si me conoce tan poco, Jerry!

—Es algo que no se puede definir. Se siente o no se siente... y cuando sucede lo primero, uno ya no piensa en otra cosa.

—Me deja usted admirada, pero también confusa. A mí tampoco me había sucedido nada semejante. Puede comprender que no me han faltado los pretendientes, pero ninguno se mostró tan apasionado como usted.

—Cloris, yo esperaré lo que sea necesario, pero no me moveré de Hattie Hills hasta que sepa que me corresponde.

Ella sonrió con dulzura,

—Dejemos pasar un poco de tiempo, Jerry —propuso—. Pero su negocio quedará descuidado...

—Lo he hecho a propósito. Mi negocio empezaba ya a absorberme; era como un pulpo que me envolvía día a día en sus tentáculos. Ciertamente, era muy próspero, pero habría llegado el momento en que no hubiera hecho otra cosa ya que pensar en él. Y eso no es bueno, ¿comprende?

—Entonces, ha decidido retirarse.

—Sólo por el momento, durante una larga temporada, hasta que tome una decisión. Volveré a trabajar, es lógico, pero no permitiré que el trabajo se convierta en un vampiro que no me deje vivir ni de día ni de noche.

—Le felicito, Jerry. A mí tampoco me gustaría un esposo que sólo pensara en el dinero., La vida es algo más que acumular riquezas, ¿no cree?
—Por eso estoy aquí.

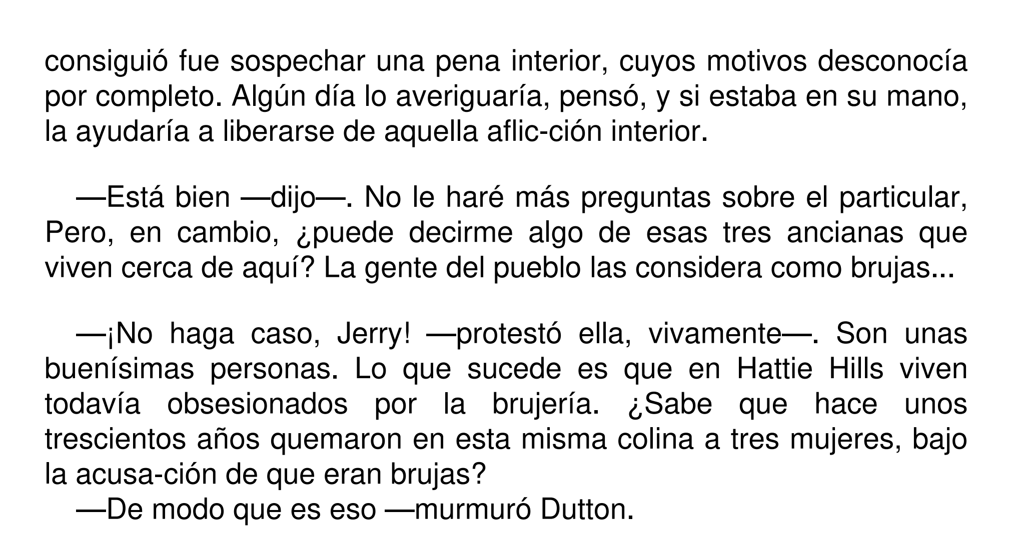
Dutton y Cloris se contemplaron durante unos segundos. El joven sintió unos vivísimos deseos de abrazarla, pero se contuvo. No debía estropear las cosas con apasionadas manifestaciones que en aquellos momentos, aparte de prematuras, resultarían impropias.

—Y, además, también vine aquí por curiosidad —añadió.
—¿Curiosidad?

—Sí. ¿Cómo sabía que iba a sufrir un accidente?

La sonrisa se borró repentinamente del hermoso rostro de Cloris.
—Jerry, por favor, ahora no —rogó, con voz tensa.

Dutton trató de escrutar lo que había tras la frente de la joven, pero lo único que



consiguió fue sospechar una pena interior, cuyos motivos desconocía por completo. Algún día lo averiguaría, pensó, y si estaba en su mano, la ayudaría a liberarse de aquella aflic-ción interior.

—Está bien —dijo—. No le haré más preguntas sobre el particular, Pero, en cambio, ¿puede decirme algo de esas tres ancianas que viven cerca de aquí? La gente del pueblo las considera como brujas...

—¡No haga caso, Jerry! —protestó ella, vivamente—. Son unas buenísimas personas. Lo que sucede es que en Hattie Hills viven todavía obsesionados por la brujería. ¿Sabe que hace unos trescientos años quemaron en esta misma colina a tres mujeres, bajo la acusa-ción de que eran brujas?

—De modo que es eso —murmuró Dutton.

—Sí, pero no son sino fantasías. Incluso he oído decir que las tres brujas han vuelto del infierno, para vengarse en los descendientes de quienes las enviaron a la hoguera., ¿Cómo se pueden creer tales cosas en pleno siglo XX? ¿Las cree usted, Jerry?

Dutton vaciló un instante.

—Cloris, ¿qué pasó hace dos noches, cuando veinte hombres se convirtieron momentáneamente en perros rabiosos? Una de esas ancianas apareció en el camino y les ordenó que se mordieran. Yo lo vi y lo oí todo... y estaba completamente sereno, totalmente despierto. Usted también vio algo, ¿no es cierto?

—Sí —admitió la joven—. Sin embargo, pienso que no hubo brujería.

—Entonces, ¿qué fue?

—Sugestión colectiva. ¿No ha oído hablar de esas exhibiciones de hipnotismo en los teatros?

—Por supuesto, pero aquí...

—Aquí pudo pasar lo mismo, Jerry.

Dutton hizo un gesto.

—Tal vez —respondió, aunque no demasiado convencido.

—Le propongo una cosa —dijo Cloris—. Yo hablaré con ellas. Son

muy simpáticas y amables, tres viejecitas encantadoras. Si me conceden su permiso, porque no son muy aficionadas a recibir visitas, le llevaré a su casa. ¿Qué le parece?

—De acuerdo —sonrió Dutton.

—A mí me reciben en cualquier momento, pero eso no sucede con las demás personas. Mañana, cuando vuelva a verme, le daré una respuesta sobre el particular.

—Ah, puedo volver mañana —exclamó el joven.

—Siempre que quiera —contestó Cloris.

Más tarde, cuando el visitante se marchó, Cloris volvió a la casa.

—No te aficiones demasiado a él —le dijo alguien.

Los ojos de la muchacha contemplaban el sendero por el que había desaparecido Dutton.

—¿Voy a seguir siempre en esta situación? —preguntó, con voz crispada.

—Me parece que por ahora no tienes otro remedio —fue la respuesta que recibió.

* * *

Silbando insolentemente, Robby Callender y Tab Brodline entraron en el bar de Bat Clark y se encaminaron al mostrador. Dutton había entrado segundos antes, con el tiempo justo para pedir una taza de café. Había un par de clientes más, que charlaban apaciblemente en la otra esquina y en los cuales no había reparado apenas.

Callender chasqueó los dedos.
—Eh, viejo bastardo, sírvenos un trago —pidió.

—¿Quién es el bastardo? ¿Yo o tu padre? —contestó Clark. Callender volvió los ojos hacia su compinche.
—Estaba casado y la mujer le ponía los cuernos a diario —rió.
—Claro, no sabía qué se hace con una mujer en la cama...

Los dos jovenzuelos rieron estrepitosamente.

—Me parece que voy a tener que romperos los morros —dijo el *barman,* malhumorado.

—Tú no rompes ni un papel de fumar —se burló Callender.

De pronto, agarró un vaso y lo tiró al aire. Luego hizo el papel de un pistolero del Oeste, tirando a un blanco móvil. Simulando sacar un revólver y disparando contra el vaso, Pero como no llevaba armas, el vaso cayó al suelo y se rompió.

—¡Qué mala puntería tengo! —se quejó. Brodline lanzó otro vaso hasta cerca del techo.

—¡Mira a ver con ése! —gritó.
—¡Bang, bang! —dijo Callender, burlonamente.

—Está bien, ya hemos terminado —murmuró Clark, a la vez que se disponía a salir del bar.
Entonces, Lemmy Erdle extendió una mano.
—Déjalo, es nuestro cometido —dijo—. Vamos, Nate.

Los dos hombres se levantaron de los taburetes. Callender se disponía en aquel momento a tirar otro vaso al aire.
Una mano le quitó el vaso. Callender se volvió, colérico.
—Eh, ¿qué diablos hace? —chilló.

Impasible, Erdle puso una mano en la cara del chico y lo empujó hacia atrás. Callender cayó de espaldas, con los pies por alto.

Brodline saltó de su taburete. Al mismo tiempo, hacía chasquear su navaja de resorte.

—Deja la herramienta —oyó una voz fría a sus espaldas.

Brodline se volvió. Su rostro se tornó gris, al verse encañonado por un revólver.

—Abre los dedos, nene —sonrió Nate Loomis.

La navaja cayó al suelo. Callender sentía también un miedo espantoso.

—Ahora, los dos, a gatas, ladrando como perros, a la calle —ordenó Loomis.

Los dos jovenzuelos cambiaron una mirada. La nuez de Callender, en un cuello pellejudo, subió y bajó espasmódicamente.

—Vamos, vamos, nenes, a gatas, a ladrar y a la calle —rió Erdle—. Y seguiréis así hasta la esquina de la manzana o tendremos el gusto de meteros un balazo en las nalgas a cada uno. ¡A ladrar! —concluyó con terrible acento.

Callender y Brodline, llenos de pánico, obedecieron la orden. Erdle les abrió la puerta, mientras los dos chicos simulaban a la perfección el papel de canes aulladores.

—Hasta la esquina de la manzana —repitió Loomis, cuando ya cruzaban la puerta.

Los ladridos imitados se alejaron. Erdle se mantuvo en la puerta unos segundos, antes de volver al mostrador.

—Ya lo has visto, Bat; nuestro servicio funciona a la perfección —sonrió.

Clark asintió, no menos impresionado que los dos mozalbetes a quienes habían expulsado aquella pareja de individuos. En su sitio, silencioso, Dutton contemplaba tranquilamente su mediada taza de café.

Erdle y el otro reanudaron su interrumpida conversación, mientas consumían apaciblemente sendos vasos de whisky. Clark miró una vez al joven, pero éste le hizo una rápida seña con los ojos.

De pronto, se oyeron pasos rápidos en la acera.

Chaine entró y se detuvo a un par de metros del umbral.

—¡Bat, dos chicos me han denunciado el atropello de que han sido objeto! Alguien les ha obligado a ponerse a gatas y a ladrar, bajo la amenaza de una pistola.

—¿Aquí, jefe? —preguntó Erdle.

Chaine se desconcertó.

—Sí, han dicho que fue aquí —repuso.

—Bat, ¿has visto algo? —preguntó el sujeto.

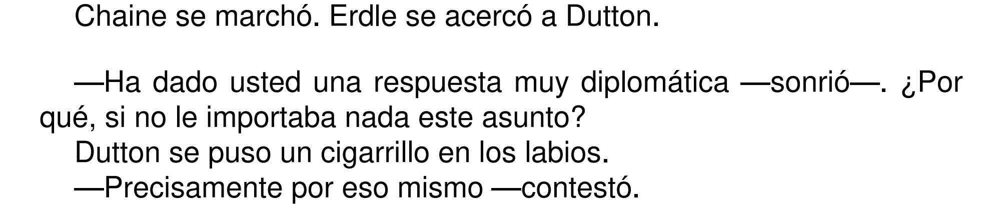
—No, yo no he visto nada —contestó Clark.

—El caballero tampoco ha visto nada, supongo —dijo Erdle, dirigiéndose a Dutton.

—Me pareció oír ladridos en la calle, pero pensé que serían de algún perro vagabundo
—contestó el interpelado.

—Esos chicos siempre tienen ganas de jaleo y de broma —dijo Chaine, riendo forzadamente—. Está bien, Bat, dispénsame.

—De nada, jefe.



Chaine se marchó. Erdle se acercó a Dutton.

—Ha dado usted una respuesta muy diplomática —sonrió—. ¿Por qué, si no le importaba nada este asunto?

Dutton se puso un cigarrillo en los labios.

—Precisamente por eso mismo —contestó.

—Usted es forastero aquí. ¿Puedo saber a qué ha venido?

—Oh, sí, claro, desde luego. Soy representante con plenos poderes de la Universal & Spatial Dynamics Corporation. Queremos comprar el pueblo y arrasarlo, para establecer aquí una base espacial. Es el mejor sitio de todo Estados Unidos, créame.

Erdle se quedó con la boca abierta.

—Una... una base espacial...

Dutton golpeó el mostrador con el índice.

—De este mismo sitio despegarán los cohetes que irán a la luna —contestó con toda seriedad.

Erdle se quedó pensativo unos instantes. De pronto, agitó la mano.

—Nate, vámonos —ordenó.

Instantes después, Dutton y Clark quedaban solos. El *barman,* muy impresionado, al parecer, se acercó a su cliente.

—Señor Dutton, eso que ha dicho... ¿es cierto?

—Oh, no —rió el joven—. Solamente quise impresionarles un poco. En realidad, estoy sin trabajo, pero por recomendación de mi médico, que me ha ordenado descansar una buena temporada. —Dutton pensó que no le convenía declarar toda la verdad. Clark creería mejor esta historia que no la de su decisión de abandonar los negocios durante algún tiempo.

—Pues ellos se lo han creído.

—Son ingenuos como niños, no se preocupe. Bat, ¿puedo hacerle algunas preguntas?

—Por supuesto, señor Dutton.

—Esos tipos, ¿por qué lo hicieron?

Clark torció el gesto.

—Protección —contestó—, El jefe de policía ya no está a las órdenes de Tewson. Ahora obedece las de otro que o le paga más o le ha metido el resuello en el cuerpo, como esos fulanos nos lo han metido a los ciudadanos de Hattie Hills.

—Vaya, hasta aquí llegan los *gangsters* —murmuró Dutton, admirado—. Pero hay algo que me gustaría saber, es decir, si usted puede ayudarme. Me refiero a esas tres mujeres que viven en Bonfire Hills, a las que califican de brujas. ¿Qué puede decirme sobre el particular, Bat?

Clark hizo un gesto de asentimiento y empezó a hablar.

CAPITULO VII

Cuando regresó al hotel, Gail Bengsson estaba tras el mostrador, examinando un libro, con el conserje a su lado. Vio al joven y le dirigió una amistosa sonrisa.

—¿Cómo se encuentra, señor Dutton? —preguntó.

—Perfectamente, señora. Gail cerró el libro.

—Seguiré luego, Donald —dijo—. Señor Dutton, ¿aceptaría usted una copa en mi despacho?

—Será un placer, señora Bengsson.

Gail se dirigió hacia una puerta situada al otro lado del mostrador. Dutton observó que ella había cambiado su habitual vestido estampado por unos pantalones negros, de tejido muy liviano y sumamente ajustados a sus rotundas caderas. La blusa, anudada sobre el estómago, hacía que resaltaran fuertemente las curvas de los senos, pesados y macizos. El escote era triangular; en realidad, acababa en el nudo de la propia blusa, que calculó el joven era la única prenda que cubría aquel torso de tan atractivos contornos.

Gail puso hielo y whisky en dos vasos y entregó uno a su invitado.

—Estoy segura de que no hace más que pensar en el terrible suceso de anoche —dijo.

—A ratos solamente —contestó—. Pienso que tal vez era un pobre borracho que quiso ganarse una apuesta y lo único que ganó fueron unas cuantas balas.

—Es posible —convino ella—. Pero hace algún tiempo pasan cosas raras en este pueblo.

—¿Por ejemplo?

—¿Qué me dice del caso de locura colectiva? Veinte hombres hechos y derechos, ladrando y mordiéndose ferozmente.

—Inexplicable —respondió Dutton—. Pero hay un competente jefe de policía que conseguirá aclarar ese misterio.

—Chaine, competente. Usted se burla de nosotros, señor Dutton.

—A mí me pareció que lo era. Claro que apenas le conozco y mi opinión puede estar sujeta a errores.

—Sí, está equivocado, pero será mejor que no hablemos de él. ¿Sabía usted que en este pueblo tenemos tres brujas?
—He oído hablar al respecto, desde luego.
—¿Las conoce?

—Oh, no, en absoluto.

Gail se inclinó mucho hacia adelante. Su pecho rozaba casi la mano con la que Dutton sostenía el vaso.
—Son tres brujas. Habrá que quemarlas algún día —susurró.

—Vamos, vamos, señora Bengsson, no irá a decirme que usted, una mujer joven, hermosa y desprovista de prejuicios, cree en semejantes fantasías.
—Arruinarán al pueblo si no se las hace arder en la hoguera.

Dutton estudió unos, momentos el hermoso rostro de Gail. ¿Hablaba en serio o se burlaba de él?

—¿Cree que son las mismas a las que se quemó hace trescientos años y que han vuelto para ejecutar su venganza? —inquirió.

—¡Por supuesto!
—Entonces, no podrán quemarlas. Son... incombustibles.

—Esta vez arderán. Estamos preparando el conjuro para la leña que ha de reducirlas a cenizas.

El teléfono sonó de pronto, con tal estridencia, que Dutton se sobresaltó. Gail se estremeció un poco y luego se separó del joven.,
—Dispénseme —sonrió.

Levantó el aparato y pronunció su nombre. Luego, Dutton la oyó hablar: —Ah, hola, Lyman... ¿Mañana? Muy bien, a las ocho en punto... Hasta la vista.
Gail colgó el teléfono y se volvió hacia su huésped.

—Estoy invitada a una reunión —declaró.
Dutton dejó su vaso a un lado.
—En tal caso, no quiero seguir molestándola más —dijo.
—Hablaremos en otro momento —propuso ella, con su sonrisa más seductora.

—Claro.

Al salir, Dutton se preguntó qué relación podía tener la hermosa Gail Bengsson con Lyman Paracutt. En cuanto a la reunión, estaba claro que era cierto, pero sería una reunión de dos.

Cuando subió a su cuarto, recordó el incidente de la tarde. Las imágenes de dos mozalbetes caminando a gatas y ladrando alborotadamente, le hicieron concebir una hipótesis, aunque se dijo que debería aguardar algún tiempo antes de confirmarla o desecharla.

* * *

De repente, le despertaron unos furiosos aullidos.

Esta vez le pareció que era un perro auténtico. El can estaba a treinta

o cuarenta metros del hotel, en la plaza. Dutton maldijo entre dientes. «Ciudad de perros», pensó.
Los aullidos del can se trocaron repentinamente en una voz humana:

—
¡Amigos,
ayudadme!
Dutton
saltó
de la
cama.

—Pero ¿qué diablos pasa aquí? —mascculló.
—Estoy encantado. Me han convertido en perro... Ayudadme, amigos, conciudadanos...
Las brujas me han convertido en un perro... ¡Ayudadme, por el amor de Dios!

Dutton corrió hacia la ventana. Sí, allí le parecía ver un perro encadenado, no lejos del surtidor. Pero ¿cómo era posible que el perro hablase?
Se pellizcó con fuerza. No, no soñaba, estaba completamente despierto.
—Las brujas, ellas lo han hecho... Amigos, soy vuestro convecino, Sol Wenner...

De súbito, un hombre apareció corriendo, con una pistola en la mano.
—Es un engendro de Satanás. Debe morir —aulló.

Estupefacto, Dutton reconoció a Erdle, con uniforme de policía. ¿Cómo era posible que aquel matón se hubiese convertido en ayudante de Chaine?

—¡No, no dispares! No soy un perro, aunque tengo su figura...
El revólver detonó varias veces. El can se desplomó fulminado.

—Los hijos de Satanás, al infierno —clamó Erdle.
Luego dio unos pasos hacia adelante. De súbito, lanzó un agudo chillido.

—¡Era cierto, era cierto! Wenner había sido convertido en perro y yo no le creí... — Erdle cayó de rodillas y se cubrió el rostro con las manos—. Oh, Dios mío, he matado a un inocente, hechizado por esas malditas brujas.

Dutton se sentía pasmado. ¿Hablaba Erdle en serio o se burlaba de la gente?

Algunos curiosos, tímidamente, empezaron a salir de sus casas. Dutton se puso una bata sobre el pijama, y en zapatillas abandonó la estancia.

Cuando llegó a la plaza, vio el cuerpo de un hombre, todavía con la cadena y el collar al cuello. Había terror en las caras de los espectadores.
Chaine vino y se mareó. Mark Loomis cogió por un brazo a Erdle.

—Tienes que retirarte —dijo—. Buscaremos al médico y le diremos que te dé un sedante.

—No me lo perdonaré nunca. Yo pensé que era un perro maldito, un enviado de Satanás...

Dutton parpadeó. No, no había truco alguno. Sol Wenner yacía en el suelo, con los ojos muy abiertos y el pecho acribillado a balazos.

De repente, la multitud fue sacudida por un sentimiento de pánico colectivo y todos se dispersaron con grandes carreras y más de un tropezón. Dutton fue el último en abandonar aquel siniestro lugar.

¿Podía creerse en que las tres brujas tuvieran el poder suficiente para transformar a un hombre en perro?
Lentamente, regresó al hotel. El conserje de noche le dirigió una mirada de terror.

—El pueblo está maldito —dijo.

—¿Ha visto a la señora Bengsson? —preguntó Dutton.
—No. Salió después de cenar y no ha regresado.

—Gracias. Oiga, ¿podría prepararme un poco de café?
—Por supuesto, señor Dutton.

—Llévelo a mi habitación, se lo ruego... Ah, y cuando regrese la señora Bengsson, haga el favor de avisarme.
—Muy bien, señor.

Pero Dutton aguardó en vano. A pesar del café y de la turbación de su espíritu, el sueño le venció y se quedó dormido sin saber cómo le había ocurrido.

* * *

Por la mañana, cuando llegó a casa de Cloris, encontró la verja de hierro parcialmente descorrida.

El hecho le extrañó, aunque no le prestó mayor atención. Llamaría a la puerta, se dijo.

Avanzó a lo largo del jardín. Subió las escaleras y llamó a la puerta. Cloris abrió momentos más tarde.

Dutton entrevió el vestíbulo, sin captar demasiados detalles, a causa de la penumbra, Al fondo, vio una silueta humana en la que destacaba un rostro muy blanco. Pero la distancia en cierto modo era excesiva y no pudo saber si aquella persona era hombre o mujer.
Cloris le miró intrigada.
—Ha entrado sin llamar —dijo.

—Si la he molestado, discúlpeme. Pero la puerta estaba abierta hasta casi la mitad.

—¿Abierta la reja?
—se extrañó
Cloris. Dutton
enseñó las manos.
—No me hubiera permitido entrar, si no fuese así —insistió.

—Bien, no se preocupe, no tiene mayor importancia. —Cloris hizo un esfuerzo por sonreír—. He oído decir que ha pasado algo horrible esta noche en el pueblo.
—Sí. ¿Quién se lo ha dicho?

—Tengo una mujer que viene a hacer las labores de limpieza. No sabe demasiado, aunque sí me ha dado una idea general del suceso.

—Si no tiene inconveniente, yo se lo contaré, mientras vamos a la casa de sus amigas, Es decir, suponiendo que quiera que yo las conozca.

—No hay inconveniente. Es más, casi lo deseo, porque de este modo se convencerá de que no son unas brujas.

Cloris cerró a sus espaldas. Dutton se sentía muy intrigado. ¿Por qué no le permitía la joven entrar en la casa?
—¿Vamos? —sonrió ella.
—Sí, desde luego.

Cuando llegaban a la verja, Cloris, preocupada, observó los mecanismos de apertura., Pero no dijo nada y siguió adelante. A cincuenta metros escasos, se metió por un camino, apenas visible desde el que conducía a la casa, debido a la gran cantidad de maleza

que incluso hacía difícil el tránsito por aquel paraje. Unos minutos más tarde, Dutton, Heno de asombro, vio una casita en la ladera de una loma muy pequeña.

La casa era de una sola planta y de estilo muy anticuado. A Dutton le pareció una casita de cuento de hadas, con vigas vistas y puerta y postigos de madera.

Los cristales de la ventana eran de colores,, emplomados,
con artísticos dibujos geométricos.

Una mujer abrió la puerta de la casa. Era pequeña, de pelo muy blanco y facciones sonrosadas.

—¡Cloris, querida! —exclamó.

—Hola, Althea —contestó ella—. He traído un visitante. Se llama Jerry Dutton y es buen amigo mío... Jerry, ésta es Althea.
Dutton se inclinó gravemente.
—Tanto gusto, señora —dijo.

—Oh, me llama señora. —La anciana soltó una risita—, Muchacho, llámame por mi nombre, simplemente, como hace Cloris. Aquí no gustamos de ceremonias, ¿sabe? — Althea se volvió hacia el interior y gritó—: Sabrina, Elspeth, salid; Cloris ha traído a un

visitante.

Dos ancianas se hicieron visibles a los pocos segundos. Dutton pensó que le resultaría muy difícil distinguirlas, si las viera solas, una por una. El parecido fisonómico, la misma clase de vestimenta, anticuada, pero limpias y pulcras, con grandes cuellos de encajes... Sonrió.
—Me... me alegro mucho de conocerlas...

Elspeth juntó las manos, arrobada.
—¡Qué pareja tan encantadora hacen! —exclamó.

—Están hechos el uno para el otro —dijo Sabrina.
—Nacieron para reunirse aquí —añadió Althea.

Dutton miró disimuladamente a la joven. Cloris estaba ruborizada, un tanto incómoda por las exclamaciones de las tres ancianas.

—Todavía no somos más que buenos amigos —dijo—. Pero si le he traído es para convencerle de que ustedes no son brujas.
—¡Oh, qué gracia!
—Nosotras brujas...

—Pero si usamos aspirador eléctrico.
Sabrina alzó un índice, cubierto por la piel muy arrugada.

—No obstante, tenemos una bola de cristal —dijo.
—Podemos escrutar su porvenir —añadió Sabrina.

—Entren, entren —invitó Althea—. Les invitaremos a un té y pastas, aunque la hora no es la más adecuada. Pero unos jóvenes como ustedes, siempre tienen buen apetito, ¿verdad?

Dutton cruzó la puerta en último lugar. La decoración le encantó particularmente Muy antigua, pero llena de un atractivo singular. Sobre todo, le divertía ver a las tres ancianas revoloteando de un lado para otro, mientras preparaban la mesa y charlaban sin cesar, parloteando como pájaros en un árbol al llegar la primavera.

Después del pequeño refrigerio, Althea juntó las manos sobre el halda y miró arrobada a sus huéspedes.
—¡Qué envidia me dan!

—¡Cómo me gustaría estar en tu sitio, Cloris! —suspiró Sabrina.

—El no te querría a ti, ni aunque tuvieses trescientos años menos.

—Elspeth soltó una risita, al ver la cara de asombro que ponía Dutton —. Bueno, era sólo una broma; somos viejas, pero no tanto.

Althea palmoteo sonoramente.
—Dijimos que les leeríamos el porvenir —exclamó,

—Sí, sí —convino Elspeth—. Sabrina, prepara todo, mientras yo traigo la bola de cristal. Dutton parpadeó. Aquellas tres ancianas parecían gozar de un humor excelente, pero, a pesar de todo, la broma resultaba excesiva. No obstante, decidió que lo mejor era ser

cortés y seguirles la corriente.

CAPITULO VIII

A Dutton la escena le parecía absurda y hasta ridícula. Estaba sentado ante la mesa, con Cloris a su derecha. Las tres ancianas se hallaban frente a ellos, con las cabezas muy juntas, ante la bola de cristal, que brillaba débilmente en la oscuridad causada por el cie-rre de los postigos.

—Unid vuestras manos —ordenó Althea.

Dutton sintió como un chispazo eléctrico al notar el contacto de la mano de Cloris. Ella se estremeció también.

—Por favor, silencio —recomendó Elspeth.

La bola se iluminaba, calculó Dutton, por medio de una pila. Incluso era posible que en la pequeña peana torneada que la sostenía hubiese un reostato, porque la luminosidad se hizo un poco más intensa.

—Ya lo veo —dijo Sabrina, de pronto.

—Yo también —exclamó Althea.

—Hablaré en nombre de las tres —decidió Elspeth—. Veo a estos dos jóvenes encantadores, casados, muy felices..., inmensamente felices, gozando de una dicha sin límites... Veo también un hijo, dos..., tres..., cuatro...

Dutton apretó los labios.

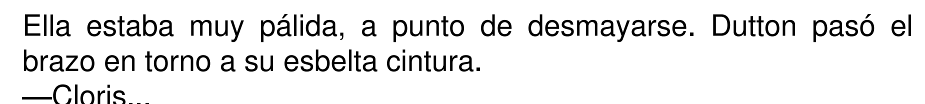
«Caramba, vamos a ser una explosión demográfica particular», pensó. Elspeht continuó.

—Pero la felicidad no llega sin duras pruebas. Cloris, estás prisionera... Libérate de tu destino actual, derrota al pájaro maligno que te atenaza con sus garras. Tendrás que hacerlo por ti misma o no serás feliz jamás... Si vences al pájaro maligno, conseguirás la felicidad.

La bola perdió luminosidad. Dutton se dio cuenta de que parecía pegado al asiento. ¿Contenía el té alguna droga?

De pronto, oyó un chasquido. Todo desapareció de su vista durante una fracción de segundo. Cuando volvió la claridad, se halló en el camino lleno de malezas, junto a Cloris.

—¿Qué nos ha pasado? —preguntó.


Ella estaba muy pálida, a punto de desmayarse. Dutton pasó el brazo en torno a su esbelta cintura.
—Cloris...
El pecho de la joven se dilató antes de emitir un hondo suspiro.

—Ya me encuentro bien, Jerry —dijo.

—Hemos asistido a una sesión de espiritismo, algo que jamás me ha gustado —exclamó Dutton, de mal talante.
—¿Espiritismo? Ellas no han invocado a ningún espíritu —protestó la joven.

—Bueno, algo por el estilo, lo mismo da. Pero ¿qué es ese pájaro maligno que mencionó Elspeth?
—No sé.
Era una respuesta muy poco convincente. Dutton clavó su mirada en el rostro de Cloris.

—Por favor —rogó ella.

—La acompañaré hasta su casa.

Cloris accedió en silencio. Cuando llegaron a la verja, Dutton observó que había ocupado su posición normal. Tuvieron que llamar para que alguien accionara el mecanismo de apertura desde el interior de la casa.
—Adiós, Jerry —dijo la joven.

—¿No me deja entrar en su casa? —suplicó él.
Cloris le tendió una mano.
—Otro día...

Dutton miró hacia la casa. ¿Quién era aquel misterioso personaje que aguardaba en la puerta?

Tendría que averiguarlo. Bat Clark, en efecto, podía ser una buena fuente de información.

* * *

Tuvo que esperar, hasta que el local se hubo vaciado de clientela, cosa que aconteció mucho antes de la medianoche. Clark miró maliciosamente a Dutton.

—Seguro que quiere hablar conmigo —dijo.
—Lo ha adivinado, Jerry. ¿Cómo van las cosas por aquí?

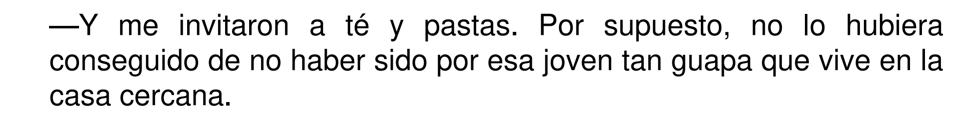
—La gente está muerta de miedo, en primer lugar. En segundo, Lyman. Paracutt se ha hecho el amo del pueblo.
—¿Qué dice Tewson a todo esto?

—Está acobardado. Parece ser que dos de los secuaces de Paracutt fueron a visitarle. No le tocaron al pelo de la ropa, pero desde entonces no se le sostienen los pantalones. Dutton sonrió al comprender el sentido de la metáfora.

—Hoy he conocido a las tres brujas —manifestó.

—¡No me diga! Eso es asombroso. Yo las he visto alguna vez en el pueblo, pero no se relacionan con nadie. Compran... lo poco que compran, y se marchan en seguida. Es una noticia inaudita, créame.

—Bueno, a mí me parecieron tres viejecitas encantadoras.
—¿Le recibieron en su casa?


—Y me invitaron a té y pastas. Por supuesto, no lo hubiera conseguido de no haber sido por esa joven tan guapa que vive en la casa cercana.

—Ah, Sybila *la Vidente* —exclamó Clark. Dutton parpadeó.
—¿Cómo ha dicho, Bat? —exclamó.

—Pero ¿es que no lo sabía? Hace algún tiempo, ella actuaba en los teatros. Adivinaba cosas y demás, ¿comprende?

—Una adivinadora.

—Así es, y hasta creo que tenía bastante éxito, según leí una vez en el *Chicago Tribune,* cuando yo vivía allí. Luego le perdí la pista, hasta que me la encontré aquí.
—¿Es suya la casa de Bonfire Hills?

—Y todos los terrenos que hay alrededor. Media colina, por no decir toda, le pertenece.
—Vaya, qué cosas se aprenden, sin querer —dijo Dutton, con una sonrisita de

circunstancias —. ¿Vive sola allí? Clark se encogió de hombros.

—Ya no me meto en tantos líos —contestó.

—Ella sola no puede vivir. La casa es grande, necesitará alguien que le ayude a la limpieza...

—Oh, sí, claro, la señora Minnick. Vive en South Vale, cincuenta y siete. —Los ojos de Clark estudiaron minuciosamente el rostro de su único cliente—. Quizá Rose Minnick pueda decirle más cosas que yo —agregó intencionadamente.

—Quizá. —Dutton dejó sobre el mostrador un par de billetes—. Para ayudarle a pagar la cuota de protección, Bat.

—Falta me hará, aunque no me imagino qué diablos pueden sacar esos bandidos de este pueblo.

—Alguna cosa buena tendrá Hattie Hills o no estarían aquí —se despidió Dutton.

Era ya cerca de la medianoche y Dutton se decidió a regresar al hotel, sumamente pensativo. Las noticias que había oído sobre Cloris no le preocupaban, aunque sí le extrañaban. ¿Era cierta su facultad de vidente?

En tal caso, podía aceptarse como lógica la extraña profecía que le había hecho en Burlington. De todos modos, pensó, había muchas cosas raras en aquella hermosa joven y él quería aclararlas, porque tenía la sensación de que Cloris .estaba prisionera de alguien, aunque no lo aparentase.

De pronto, cuando ya se hallaba en las inmediaciones del hotel, vio salir a su hermosa gerente. Dudó un segundo, pero luego se decidió por obedecer la voz del instinto y, cautelosamente, echó a andar detrás de la señora Bengsson.

* * *

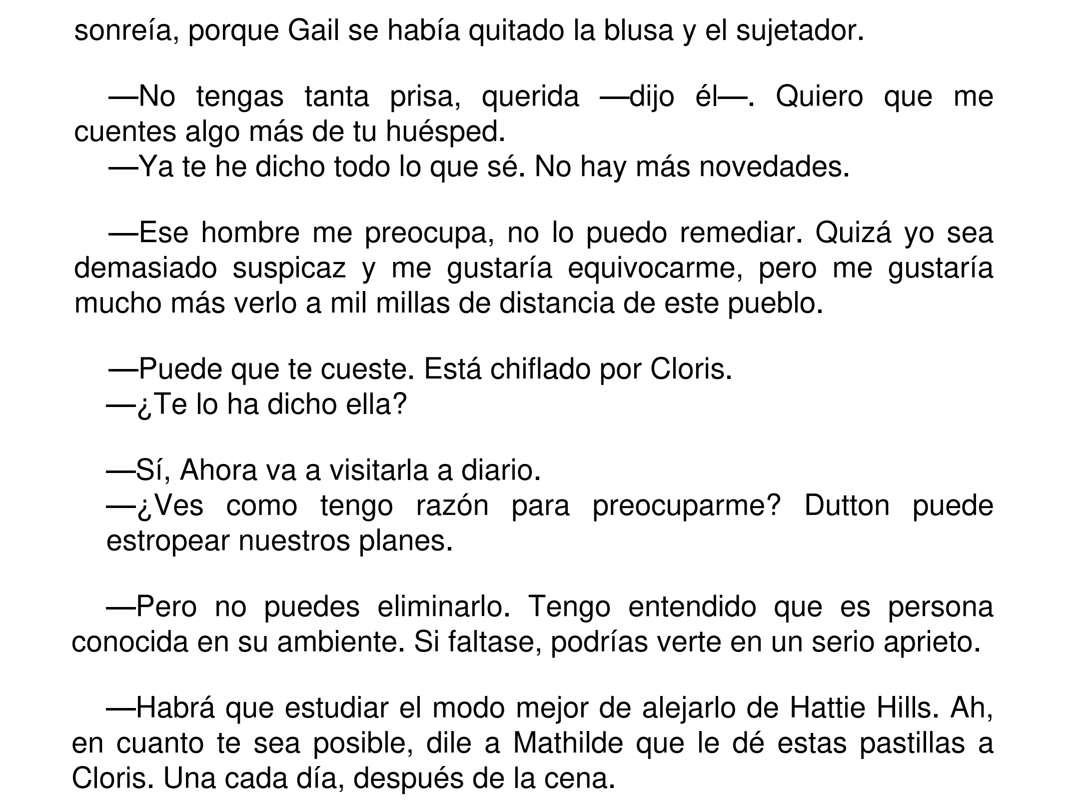
La casa no era demasiado grande y, además, resultaba vulgar, pero se hallaba prácticamente en la población, separada de los últimos edificios por una distancia no superior al cuarto de kilómetro. Gail había entrado allí y Dutton se dijo que debería buscar un buen observatorio.

En torno a la casa había un jardín no demasiado bien cuidado, rodeado por una sencilla valla de madera. Había, asimismo, cuatro o cinco viejos robles, con los que, bien atendido el resto de las plantas, podría haberse conseguido un lugar bastante agradable para vivir, sobre todo teniendo en cuenta que la distancia a la carretera más próxima era de unos cuatrocientos metros.

A Dutton le bastó pasar una pierna por encima de la valla para encontrarse en el interior del jardín. En la fachada sur de la casa había un par de ventanas iluminadas. Procurando no hacer el menor ruido, se acercó a una de ellas, situándose en la zona de mayor oscuridad.

Asomó los ojos por encima del antepecho. Paracutt, el hombre alto y distinguido a quien había visto el día de la muerte de Millis, estaba con la Gail Bengsson, en una sala de buenas dimensiones, en donde se veía un cómodo diván. Paracutt, con una copa balón en una mano, contemplaba sonriente a la hermosa gerente del hotel.

Gail quedaba de espaldas a la ventana y, por tanto, frente a Paracutt. El hombre



sonreía, porque Gail se había quitado la blusa y el sujetador.

—No tengas tanta prisa, querida —dijo él—. Quiero que me cuentes algo más de tu huésped.

—Ya te he dicho todo lo que sé. No hay más novedades.

—Ese hombre me preocupa, no lo puedo remediar. Quizá yo sea demasiado suspicaz y me gustaría equivocarme, pero me gustaría mucho más verlo a mil millas de distancia de este pueblo.

—Puede que te cueste. Está chiflado por Cloris.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí, Ahora va a visitarla a diario.

—¿Ves como tengo razón para preocuparme? Dutton puede estropear nuestros planes.

—Pero no puedes eliminarlo. Tengo entendido que es persona conocida en su ambiente. Si faltase, podrías verte en un serio aprieto.

—Habrá que estudiar el modo mejor de alejarlo de Hattie Hills. Ah, en cuanto te sea posible, dile a Mathilde que le dé estas pastillas a Cloris. Una cada día, después de la cena.

Paracutt señaló el frasco que había sobre, la mesa. Dutton apretó los labios. ¿Qué demonios pretendían hacer con la mujer de la cual estaba enamorado locamente?

—Está bien, se lo diré en cuanto pueda.

—Debería empezar mañana, Gail.

—Lo procuraré. Pero ahora dime una cosa: ¿no te gusta el panorama que estás viendo? Paracutt sonrió.

—Es muy tentador, en efecto —convino.

—Pues parece como si estuvieras contemplando una pared de cemento —dijo ella, un tanto despechada.

El hombre hizo un gesto con su mano.

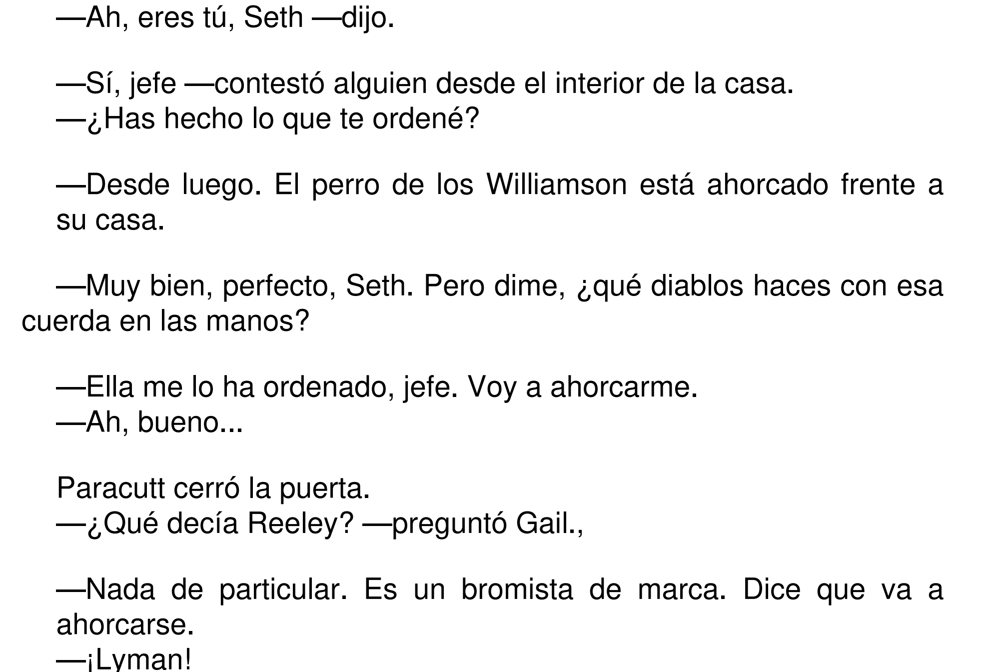
—Anda, acércate...

Gail dio un par de pasos hacia adelante. De pronto, se oyó ruido en la habitación cercana.

Paracutt se puso en pie de un salto.

—Ponte la blusa, rápido.

Ella corrió a cubrir el desnudo torso. Cuando lo hubo hecho,



Paracutt abrió,

—Ah, eres tú, Seth —dijo.

—Sí, jefe —contestó alguien desde el interior de la casa.

—¿Has hecho lo que te ordené?

—Desde luego. El perro de los Williamson está ahorcado frente a su casa.

—Muy bien, perfecto, Seth. Pero dime, ¿qué diablos haces con esa cuerda en las manos?

—Ella me lo ha ordenado, jefe. Voy a ahorcarme.

—Ah, bueno...

Paracutt cerró la puerta.

—¿Qué decía Reeley? —preguntó Gail.,

—Nada de particular. Es un bromista de marca. Dice que va a ahorcarse.

—¡Lyman!

Paracutt estaba llenando una copa.

—¿Sí, Gail?
—¿Te das cuenta de lo que has dicho?

—Claro, mujer. Pero también he dicho que a Reeley le gusta mucho embromar a la gente. ¡Ahorcarse! —rió—. Es un tipo con verdadero buen humor.

Dutton escuchaba todo a la perfección, porque la ventana estaba entreabierta. Las frases pronunciadas por Seth Reeley le impresionaron profundamente.

Se apartó de la ventana y, agachado, se acercó a la esquina. Al asomar la cabeza, vio un horrible espectáculo.

Reeley estaba en lo alto de una escalera, con una soga en las manos, atada ya a la rama más alta del roble situado frente a la entrada. En el momento en que Dutton asomaba la cabeza, Reeley metía la suya en el lazo.

Súbitamente, en la entrada, se oyó un agudo grito:
—¡Seth! ¿Te has vuelto loco? ¡Jefe, jefe, Reeley se va a ahorcar!
—chilló Erdle.

En el interior de la casa se produjo una terrible conmoción. Todavía sonaban los gritos de Erdle cuando Reeley, sin vacilar, se lanzó al espacio.

La escalera era de tijera, de las utilizadas para trabajos caseros, y la cuerda era muy corta. Reeley saltó desde lo más alto de la escalera y, al caer, sus pies tocaron casi el suelo.

Dutton oyó el horrible chasquido del cuello roto. Las piernas de Reeley se convulsionaron espantosamente y sus rodillas subieron un par de veces casi hasta su mandíbula. Luego, el cuerpo se relajó, aunque quedó moviéndose con lúgubre balanceo.

Gail chilló horrorizada. Paracutt lanzó una maldición, a la vez que agarraba el brazo de la mujer.

—¡Calla, por todos los diablos! —barbotó—. ¿Quieres que la gente se entere de lo que ha hecho este idiota?

Gail huyó hacia el interior de la casa. Erdle y Loomis reaccionaron y corrieron hacia el ahorcado, al que descolgaron después de algunos esfuerzos.
—Está muerto, jefe —exclamó Erdle.

—Habrá que esconder su cuerpo —dijo Paracutt, malhumoradamente—. No entiendo qué diablos de idea le habrá dado para suicidarse.

—Le oí decir que ella se lo había ordenado... ¿Quién puede ordenar una cosa así, jefe? Paracutt se quedó muy pensativo. Al cabo de unos momentos, contestó:

—Ya lo averiguaremos. Ahora lo que interesa es que desaparezca el cuerpo de ese estúpido.

Dutton pensó que lo más conveniente para él sería desaparecer también de aquel siniestro lugar. ¿Quién era la mujer que había podido dar una orden semejante?

¿Alguna de las tres ancianas?

Veinte hombres se habían convertido en perros. Un mozalbete se había vaciado a sí mismo el ojo izquierdo con su propia navaja. Aquellas tres supuestas brujas, ¿tenían poderes mágicos que les permitían disponer a su antojo de las mentes ajenas?

Sigilosamente, abandonó el jardín y regresó al hotel. De todos modos, había algo que le preocupaba más todavía: la salud de Cloris.

Porque Paracutt quería envenenarla y eso era algo que él no podía consentir en absoluto.

CAPITULO IX

Salió por la mañana del hotel y dudo un momento en ir en busca de Rose Minnick, pero pensó que sería más conveniente hablar con Cloris. Era preciso que ella estuviese enterada de los planes de Paracutt.

Cuando atravesaba la plaza, vio algo que llamó su atención. En el suelo enarenado, no lejos del surtidor, se veía una placa metálica, cuadrada. Era, sin duda, la entrada a alguna cloaca o tal vez al lugar desde donde se regulaba el funcionamiento del surtidor. La placa de hierro, de casi un metro de lado, hizo que sonase en su mente una especie de instintivo timbre de alarma. No sabía aún de qué podía tratarse, pero estaba seguro de que debía ver lo que había debajo de aquella tapa de registro.

De pronto, oyó voces destempladas.

—Alguien, un canalla miserable, ha ahorcado a mi perro. Morgan Chaine, esto es una especie de aviso para que venda mi granja y yo no quiero, ¿comprendes?

Dutton miró a los dos hombres que estaban a pocos pasos de distancia. Uno de ellos era el jefe de policía. El otro tenía aspecto de granjero, a juzgar por su camisa de sarga gris y su pantalón de peto, además del sombrero de fibra, de anchas alas.
El granjero parecía terriblemente excitado.

—A mi hija le ha dado un síncope. Mi mujer no para de llorar. Habíamos criado a «Toppy» desde que era un cachorrito. Morgan, si tú no haces nada, juro que tendré mi escopeta cargada y que llenaré de perdigones el repugnante estómago de cualquiera que entre en mi propiedad sin permiso.
—Vamos, vamos, Tom Williamson, cálmate. Buscaré al autor de esa salvajada.

—Ahora no podemos echar la culpa al bestia de Smiggy Tewson. Y a propósito de Tewson... Morgan, ahora ya no eres su perrito faldero. Ahora el que te hace menear la cola es ese Paracutt, ¿verdad? Pero ¿cómo se puede ser tan desvergonzado?

—Tom, cálmate o tendré que encerrarte.

—¡Vete al diablo, Morgan Chaine! —gritó Williamson, terriblemente encolerizado—. Serías capaz de envenenar a tu propio padre por un

puñado de dólares. Sólo espero a las próximas elecciones, para votar a favor de tu adversario, sea quien fuere.

Williamson se marchó, dejando tras sí a un jefe de policía con la cara completamente roja. Dutton, simulando no haber oído nada, continuó su camino.

Poco después, tocaba el timbre de la tapia.

—Soy yo, Jerry —dijo cuando alguien habló desde el interior de la casa.

—Ah, Jerry, un minuto, por favor; ahora mismo salgo —contestó Cloris.

La joven se hizo visible muy pronto. Dutton, secretamente complacido, observó que ella llevaba el pelo completamente suelto. Era una hermosa cabellera negra, que llegaba hasta la cintura.

El rostro, limpio de maquillaje, poseía un encanto y una frescura inigualables. Dutton pensó que el destino les había hecho encontrarse una vez y que el accidente sufrido aquel mismo día debía darse por bien empleado.

Cloris le tendió la mano espontáneamente.

—¿Qué opina de mis tres amigas? —preguntó.

—Encantadoras. Una lectura del porvenir realmente agradable.

Ella se ruborizó.
—Claro, ¿qué iban a decir? —sonrió.

—Aunque me parece que usted también habría tenido bastante éxito con la bola de cristal. ¿O ya ha perdido sus facultades?
Los labios de Cloris se contrajeron súbitamente.
—Sospecho que lo sabe —dijo.

—Sí.

—¿Quién se lo ha dicho? En Hattie Hills no me conoce nadie. Yo actuaba con peluca y unos vestidos muy distintos de los que uso corrientemente. Usted ya sabe lo que cambia una peluca de otro color... y un traje de tejido de oro o plata, sin apenas tela, zapatos de tacón muy alto, medias de malla de oro... Dígame su nombre, Jerry.
—Bat Clark, el dueño del Berry's.

—Sí, sé que en tiempos vivió en Chicago. Sin embargo, no creí que me hubiera reconocido.

—Cloris, eso importa poco ahora —exclamó él, vivamente—. Y no quiero tampoco que me explique ciertos pasajes de su vida, que desea mantener en secreto. Lo único que me importa es que no le suceda nada.
—No me pasa nada, me encuentro perfectamente, Jerry —declaró ella.
—Puede morir, Cloris.

—¿Cómo?
—Por favor, dígame, ¿quién es Mathilda?

Las manos de Cloris se abrieron y cerraron varias veces, con movimientos crispados.

—Es mi ama de llaves —contestó, con voz sorda.
Dutton meneó la cabeza.

—Yo diría más bien que es su carcelero, su vigilante, la persona que no le permite expresarse con libertad. Cloris, hoy recibirá Mathilda un frasco con ciertas píldoras, de las que debe darle una cada noche. Vigílela, evite que ella le ponga una píldora en alguna bebida, el té, la leche que se lleva a su dormitorio...
—¡Dios mío! ¿Cómo lo ha sabido usted? —se asombró la joven.

—No importa ahora. Lo sé, no es una invención mía y eso debe bastarle. Si conoce a Mathilda medianamente, se dará cuenta de que es una mujer capaz de cualquier cosa, pero si es así, ¿por qué la tiene usted como ama de llaves?

Cloris se puso en pie bruscamente, ya que la conversación había tenido lugar en uno de los bancos del jardín. Dutton observó que el esbelto pecho de la joven estaba sacudido por vivos espasmos.

—Por favor, no me haga preguntas, se lo ruego.

La voz de Cloris hacía unos agudos trémolos de crispación. Dutton se puso en pie y cogió sus manos.
—¿No confía en mí? —preguntó.
Había un brillo especial en los ojos de la joven.

—Jerry, precisamente porque le amo... no puedo hablar. No me obligue a ello, se lo ruego. Se lo suplico, no me obligue...

—Está bien. Calle por ahora, si ése es su deseo, pero prométame que vigilará a Mathilda.

—Sí, sí, lo tendré en cuenta. Dutton sonrió.

—Estoy seguro de que no tardará mucho en sentirse completamente liberada —dijo. Cloris pareció calmarse un tanto y forzó una sonrisa.
—Algún día... Jerry, ahora déjeme sola —pidió.
—Muy bien. Volveré mañana.

—Sí, le esperaré.

Dutton se marchó muy intrigado, aunque también lleno de alegría, porque había podido darse cuenta sin lugar a dudas de que era correspondido. De pronto, cuando ya llevaba recorridos unos cuantos metros, concibió una idea.

Althea salió a recibirle en la puerta de la casa de cuento de hadas. ¿O era Sabrina? ¿Quizá Elspeth? ¡Eran tan parecidas!

—¿Le sucede algo, muchacho? —preguntó la anciana, amablemente.
—Necesito su ayuda, la de las tres —dijo Dutton, con voz firme.

—Está bien, entre.

Dutton se marchó al cabo de un buen rato. Cuando la figura del joven hubo desaparecido entre la vegetación, tres cabezas se juntaron.
—Habrá que hacer algo por esa agradable pareja —dijo Elspeth.
—Debemos procurar su felicidad, sí —añadió Sabrina.

—No podemos consentir que nadie destroce su porvenir —convino Althea.

—Pero ¿qué podríamos hacer? Elspeth se separó del grupo.

—Hoy mismo iré a la ciudad, a comprar todo lo necesario —exclamó, resuelta.

* * *

Los ojos de Bat Clark parpadearon vivamente al reconocer al hombre que se adentraba en su local.

—Si la vista no me engaña, este que acaba de llegar es nada menos que Benny Drue, alias *el Oscar* —dijo—. Benny, ¿cómo debo llamarte? ¿Uso tu nombre auténtico o prefieres que te llame Oscar?

El forastero sonrió de mala gana.

—Llámame Benny —contestó—. Bat, estoy tan sorprendido como tú. Nunca me imaginé encontrarte en este pueblo.

—Pues debieras encontrarlo la mar de natural. Me marché de Hattie Hills cuando tenía quince años, pero un buen día me di cuenta de que aquella vida no me convenía y regresé aquí.

—Sí, ahora recuerdo vagamente haberte oído mencionar esta población. De todos modos, pensé que te encontrarías en cualquier otro punto del país.
—Está bien. ¿Qué quieres tomar? ¿Un whisky?

—Cerveza con un doble de whisky —pidió el recién llegado—. ¿Qué tal marcha el negocio, Bat?
—Psé. . No puedo quejarme. ¿Y tú?

Drue hizo una mueca.
—Yo sí puedo quejarme. Me quejo y mucho —contestó.

—Vaya, con tus dotes.

—Bat, no me hagas reír. Demasiado sabes que, pese al apodo, soy muy malo, apto solamente para engañar a algunos tontos. Las cosas no me han ido bien, ¿para qué disimularlo? Pero pueden mejorar aquí, en tu pueblo.

Clark puso una jarra delante de su antiguo conocido. Con el rabillo del ojo, vio que entraba un nuevo cliente.

—Dispénsame un instante, Benny, vuelvo en seguida. Luego me lo contarás todo. Clark se acercó al otro cliente.
—¿Señor Dutton?
—Cerveza, por favor, Bat —pidió.

—Al momento.

Después de servir al joven, Clark recorrió el mostrador en sentido inverso y se acodó frente a Drue.
—Cuéntame, Benny.

—Paracutt está aquí. Sé que planea un negocio de altos vuelos. Quiero que me dé una tajada o le destaparé cierto pastel, en el que tomé parte hace algunos meses.
—Vaya, no sabía...
—Ahora ya lo sabes, pero te ruego seas discreto... Me pagó una miseria, ¿comprendes?

—SÍ, suele suceder —contestó Clark, displicentemente—. ¿Por qué te crees que me vine yo aquí? Estaba harto de los tipos como Paracutt. Uno corre con todos los riesgos y ellos se forran. No, al menos, lo que gano es para mí, aunque ahora ya no puedo decirlo tan alto. Paracutt ha decidido proteger al pueblo, ¿sabes?

—Ya me extrañaba a mí que no hiciera una de las suyas —rió Drue. Puso unas monedas sobre el mostrador y se apeó del taburete—. Volveremos a vernos, Bat.
—Sí, Benny.
Drue se marchó. Clark limpió la jarra y luego se acercó a Dutton.

—En todas partes hay basura. Si yo le contara... —insinuó, confidencial.

—Eso parece —sonrió Dutton.

—Hay tipos capaces de todo por un puñado de dólares —dijo Clark, sentenciosamente. Dutton volvió a sonreír. Terminó su cerveza, abonó el importe y salió a la calle. Lo primero que hizo fue comprarse una potente linterna. A la noche quería explorar cierto lugar, lo que le permitiría comprobar o desechar las sospechas que había concebido.

A fin de que nadie lo advirtiese, hizo que le envolviesen la linterna cuidadosamente. Luego regresó al hotel.

Gail estaba en la recepción.
—¿Cómo se encuentra, señor Dutton? —saludó, llena de amabilidad.

Dutton escrutó el hermoso rostro de la mujer. ¿Se le había pasado ya el susto de la víspera?
—Oh, perfectamente —contestó.

—Parece que Hattie Hills le gusta mucho.
—Sí, es una población muy tranquila.

—¿Piensa estar aquí todavía mucho tiempo?

—La verdad, no podría decirle. No tengo prisa en marcharme y, además, hay algo que me atrae, quizá un poco morbosamente.

—No me diga —sonrió ella—. ¿Qué hay en Hattie Hills que pueda provocar su morboso interés?

—Tres brujas, señora Bengsson. Tengo una viva curiosidad por saber en qué acaba la historia.
Dutton observó que Gail se ponía seria de repente.

—Nunca me imaginé que fuese usted capaz de creer en semejantes fantasías —dijo ella, envaradamente.

—Alguien, y no recuerdo ahora su nombre, dijo en cierta ocasión: «La realidad no existiría sin la fantasía.» Lo cual significa que la fantasía, muchas veces, supera a la realidad. Puede que parezca una paradoja, pero yo lo creo así, señora Bengsson.

Ahora, Gail sonreía de un modo forzado, sin la menor cordialidad en su expresión.
—Si yo estuviese en su lugar, haría las maletas inmediatamente —dijo.

—Hattie Hills me gusta muchísimo —contestó Dutton.

CAPITULO X

La población estaba en silencio. Dutton, en la oscuridad, consultó su reloj de pulsera. Eran casi las tres de la madrugada.

Se acercó a la ventana. Al otro lado, entre los árboles, se divisaban las luces de la oficina del jefe de policía. Dutton se imaginó al guardia de turno, dormitando apaciblemente en su sillón, con los pies sobre la mesa. Si actuaba con discreción, podría terminar en pocos minutos y nadie se habría enterado.

Estaba vestido, aunque se había puesto unas zapatillas deportivas, a fin de no hacer ruido. Con la linterna en la mano, abrió la puerta y se asomó al pasillo.

La quietud era total. Dutton se dirigió hacia la escalera. El conserje de noche dormía profundamente, en uno de los cómodos divanes del vestíbulo. Ni siquiera se enteró de que el huésped abría la puerta y salía del hotel.

Dutton se encaminó directamente hacia la tapa del registro. De pronto, vio venir a lo lejos un coche con las luces apagadas.

Gail se apeó del vehículo instantes más tarde. Dutton la vio, agazapado detrás de uno de los setos. Ella dejó el vehículo estacionado ante el hotel y se dirigió con paso rápido hacia la puerta.

Dutton meneó la cabeza. En cierto modo, Gail le había decepcionado. Al principio, incluso había llegado a creer en la posibilidad de una aventura con ella; no se podía negar que era una mujer realmente hermosa y con un poderoso atractivo sensual. Pero, por lo visto, Gail había decidido que Paracutt era su destino.

¿Ambición? Podía ser, Gail parecía el tipo de mujer rebosante de ambiciones, con deseos de llegar a ser mucho más de lo que era en la actualidad. Tewson, el cacique, era hombre de visión limitada, que no alcanzaba más allá del pueblo. Aparte de que era ya mucho mayor que Paracutt, gordo y medio calvo, tenía el inconveniente de su familia. Paracutt, en cambio, aunque también maduro, era mucho más refinado y, al parecer, con proyectos de mucha mayor envergadura que los de ser simplemente el primer personaje de una pequeña población.

Por el momento, sin embargo, todo aquello no pasaba de ser sino

simples especulaciones. Ahora le convenía más dedicar su atención a lo concreto, a lo inmediato.

Esperó unos minutos y luego alzó la tapa del registro. Tal como había supuesto, divisó una escalera de peldaños metálicos encastrados en la pared interior de cemento. Casi en el mismo instante, percibió hedor de carne corrompida.

Con la linterna colgada del cuello, descendió unos tres metros y puso pie en el suelo. Sí, allí había un nudo de enlaces de tubería de agua con las llaves correspondientes, una de las cuales era la del surtidor que tenía casi sobre su cabeza. Las tuberías se perdían por distintos túneles de no más de un metro de alto.

El resplandor de la linterna iluminó dos bultos tendidos en el suelo. Eran dos perros muertos.

El hedor procedía de aquellos cadáveres, aunque no era todavía demasiado intenso. Pero dos días más tarde, resultaría insoportable.

No había habido misteriosas transformaciones de personas en perros y viceversa, una

vez muertos éstos. Sólo trucos, muy bien realizados, todo había que admitirlo.

A la derecha, sujeto a una de las paredes del pozo, vio una grabadora, accionada por pilas, de la que partía un delgado cable. Arriba, adherido a la cara interior del registro, había un altavoz.
Dutton sonrió. Todo quedaba aclarado..., salvo los motivos.

Dejaría todo tal como estaba. En modo alguno le convenía supieran de su estancia en aquel lugar. Ya había averiguado lo que más le interesaba, por lo que ahora lo que más le convenía era regresar a su habitación.

De súbito, cuando se acercaba ya a la escalera, oyó un seco golpe en la tapa metálica que cubría el pozo.

* * *

El golpe se repitió. Eran los pies de alguna persona.
Alguien, en voz baja, dijo:
—Aparta de ahí, tú.

Dutton apagó la lámpara precipitadamente. Luego, a tientas, retrocedió lo suficiente para situarse al otro lado del punto donde convergían las tuberías, en los enlaces de las conducciones, con las llaves de paso. Algunos de los tubos eran bastante gruesos. Su mayor ventaja, no obstante, estribaba en que se hallaba en el lado opuesto al lugar donde estaban los perros muertos.

La tapa se abrió. Dos hombres descendieron sucesivamente al interior del pozo. Uno de ellos era portador de algo que parecía plástico.

—Rayos, cómo huele —se quejó.
—Huele a eso, a rayos —comentó el otro, riendo.

—Sujeta la lámpara —pidió el primero.

Dutton reconoció las voces de Loomis y Erdle. Loomis colgó su linterna en un hierro saliente, y luego, ayudado por su compañero, metió el primer perro en uno de los sacos de plástico que habían llevado a prevención.

—Y luego, a hacer de enterradores —se quejó.
—No lo lamentes. A Seth le gustaría mucho más ser enterrador que estar enterrado.

—Eso sí es cierto. —Loomis se estremeció—. Lemmy, ¿qué le pasaría para ahorcarse?

—No lo sé, ni me importa. Lo que me interesa es terminar cuanto antes la tarea. Anda, ayúdame...

Ninguno de los dos hombres se dio cuenta de la presencia de un observador en aquel lugar. Cuando los perros estuvieron en los sacos respectivos, Loomis y Erdle, sucesivamente, los izaron a la superficie. Dutton oyó a poco el rumor de un coche que se alejaba.

Esperó un rato. Aquellos dos individuos habían venido a buscar los perros, porque comprendían que los cadáveres no podían aguantar ya mucho tiempo más en el pozo. Inevitablemente, el hedor habría acabado por salir al exterior. Alguien habría sentido el deseo de investigar... y se habría descubierto la trampa.
En cierto modo, no lo era, porque dos hombres habían muerto, supuestamente

convertidos en perros. Alguien los había asesinado fríamente. ¿Por qué?

Cuando regresó a su habitación, sin que, por fortuna, nadie se enterase de su incursión, todavía no había conseguido hallar una explicación congruente para aquellos sucesos.

Las muertes de Millis y Wenner podían tener una explicación racional. Pero la automutilación de Smiggy, el insólito y espeluznante suceso de veinte hombres con-vertidos en canes rabiosos, que se atacaban y mordían con terrible ferocidad, el suicidio de Reeley... ¿qué explicación tenían?

Tardó mucho en conciliar el sueño, por lo que, aquella mañana, durmió hasta más tarde de lo acostumbrado. Cuando despertó, vio que eran casi las once de la mañana.

Enervado, se dio cuenta de que no sentía el menor apetito. Salió del hotel y se dijo que su amigo Bat le serviría un par de tazas de café bien cargado, que le ayudarían a levantar el ánimo un tanto decaído.

Cuando entró en el bar, sólo estaban su dueño y un cliente. Clark sonrió al recién llegado. El cliente se despidió de Clark.

—Te veré luego.

—Cuando gustes, Benny. —El *barman* se acercó a Dutton—. ¿Qué le sirvo? —consultó.

—Café, abundante y muy cargado.

—Sí, señor.

Clark sentía ganas de hablar aquella mañana.

—Ese que ha salido era un viejo amigo de los buenos tiempos de Chicago —dijo, mientras manipulaba en la cafetera—. Presumido, pero infeliz. Le decíamos Oscar, aunque no se llama así, ¿sabe?

—¿Había algún motivo especial para darle ese nombre? —sonrió Dutton.

—Oh, sí, claro; él decía siempre que un día sería llamado a Hollywood para interpretar una superproducción y que le darían el Oscar... pero, en realidad, su mejor trabajo como actor era hacerse el muerto. En eso sí que engañaba a cualquiera.

—¿Hacerse el muerto, Bat? —dijo el joven, muy intrigado.

—Sí, señor Dutton. Lo hizo más de una vez y le dio resultado. Se hacía amigo de alguien, hombre o mujer, según conviniera, y luego, pasado cierto tiempo, fingía una discusión. Si era hombre, por alguna jugada dudosa o cartas marcadas. Si era mujer, por celos, claro. Sacaba un revólver, cargado solamente con cartuchos de fogueo, provocaba una pequeña lucha, el forcejeo clásico entre dos personas que disputan por un arma... y ésta se disparaba y Benny caía al suelo, «muerto». Sabía tener escondida una bolsita de plástico con tinta roja, que reventaba en su pecho con gran habilidad... Ahora, imagínese el susto del afectado... y lo que hacía 'cuando surgía alguien y le decía que lo arreglaría todo, sin necesidad de acudir a la policía, pero que tendría que pagar... Bueno, el resto es fácil de imaginar, ¿no?

Dutton sonrió.
—Un chantaje —dijo.

—Exacto. Pero ahora a Benny las cosas parece que no le ruedan demasiado bien...

Dutton tomó dos tazas de café, una tras otra, charló un poco más con el locuaz *barman* y luego se dirigió en busca de su coche. Diez minutos más tarde, llamaba a la verja de la casa de Cloris.

CAPITULO XI

—Resultaría muy conveniente que suspendiese toda relación con ese hombre —dijo el ama de llaves.

Cloris estuvo a punto de contestar con un exabrupto, pero se lo pensó mejor y movió la cabeza afirmativamente.

—Lo haré, aunque tendrá que ser de un modo gradual. No puedo decirle ahora mismo que se marche inmediatamente.
—Está bien, pero, de todos modos, cuanto antes mejor.
—De acuerdo.

Cloris avanzó hacia el visitante, que ya estaba cerca del estanque central. Dutton vio a la muchacha y apreció que sus ojos brillaban singularmente.

—Anoche tiré al lavabo el vaso de leche que suelo llevarme por las noches al dormitorio —dijo Cloris a media voz.
—Interesaría que consiguiera una de esas pastillas —solicitó él.
—Lo intentaré. Pero ¿qué quieren hacer conmigo?

—Cloris, a mi entender, lo más importante es el motivo. ¿Por qué?
—No lo sé, no se me ocurre ninguna idea...

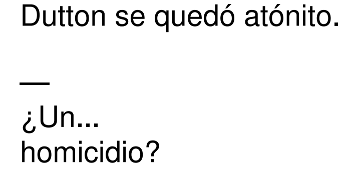
—Usted tiene a Mathilda empleada como ama de llaves, pero 110 precisamente por su gusto, ¿verdad?
Cloris afirmó con la cabeza.

—Entonces, es que hay alguna razón especial para que alguien la haya obligado a dar el empleo a Mathilda.
—Por favor, Jerry...
—Chantaje, sin duda.
Las mejillas de Cloris se colorearon vivamente.

—Cloris, les guste o no a los que te fuerzan a hacer cosas que no te agradan, tú vas a ser mi esposa —dijo él firmemente—. Por tanto, te pido que me expliques todo con la mayor claridad. ¿Qué hiciste para someterte tan mansamente a un chantaje? ¿Has cometido alguna vez un acto... reprobable?

Ella desvió la vista a un lado.

—Cada vez que lo recuerdo... Oh, Jerry, si se hiciera público... yo podría pasarme el resto de mis días en la cárcel.



Dutton se quedó atónito.

—¿Un... homicidio?

Cloris guardó silencio.

—Tengo buenos amigos, abogados de valía —dijo Dutton—. Si el homicidio no fue voluntario...

—Pero entonces no di cuenta a la policía. Ni siquiera sé dónde está el cadáver.

—¿Quién se lo llevó?

—Mathilda. Vivía en el apartamento contiguo y oyó el disparo. Corrió a enterarse de lo que sucedía, vio al hombre muerto, con el pecho lleno de sangre... Luego dijo que podía ayudarme, pero que me costaría algún dinero. Compréndelo, yo me sentía aterrorizada...

En aquellos momentos, era capaz de hacer cualquier cosa para evitar la prisión...

—Sin duda, Mathilda llamó a algunos amigos.
—Sí.

—¿Por qué murió aquel hombre?

—Era mi pretendiente. Me gustaba bastante... pero era celoso, muy celoso. Un día, dijo que iba a matarme... Yo pensé que había bebido una copa de más y quise quitarle el revólver. En el forcejeo, el arma se disparó... El gritó horriblemente y cayó al suelo, con el pecho lleno de sangre...

—Era un hombre joven, apuesto, de unos treinta y dos años, pelo rubio y ojos muy azules, ¿verdad?

—¡Sí! —exclamó Cloris, atónita—. ¿Cómo lo sabes, Jerry? Dutton sonrió maliciosamente.

—Todo fue una trampa —declaró—. Benny Drue está vivo. Era un especialista en provocar situaciones como la que me has descrito, para hacer luego chantaje al supuesto homicida.

Cloris se oprimió la cara con las manos.
—¡Oh, Dios mío! —murmuró.

Al cabo de unos minutos, ya sabía toda la verdad. Pero, en cambio, Dutton ignoraba por qué había abandonado ella una carrera tan lucrativa, para ir a encerrarse en aquellos parajes tan apartados de la civilización.

—Me lo ordenaron un par de meses más tarde y no tuve otro remedio que obedecer — contestó ella—. Entonces, claro, no podía imaginarme que Mathilda estuviese de acuerdo con Paracutt.

—Aún faltan algunas cosas por aclarar, aunque no creo que tardemos mucho —dijo Dutton—. Cloris, dime, ¿a quién pertenece la casa?

—Es mía —declaró la joven sorprendentemente—. Me pertenece por herencia, así como gran parte de los terrenos que la circundan. Incluso la casita donde viven mis tres amigas es mía también.

—¿Las conocías?

—Oh, no, me escribieron hará algunos meses, mucho antes de que conociese a Benny. Como no había inconveniente, accedí a alquilarles

esa casita. Cuando vine aquí, me sorprendí de los cambios realizados. Yo la recuerdo del día en que la vi, antes de su llegada, hace cosa de un año. Estaba abandonada, con unos muebles muy viejos, medio carcomidos... Ellas la han transformado de un modo asombroso, créeme.

—Sí, te creo —contestó él—. Cloris, no des a entender que ahora ya conoces la verdad. Disimula cuanto puedas; la cosa estará resuelta en un par de días como máximo.

—Procuraré ser prudente —dijo Cloris, con una nueva luz en sus hermosos ojos.

—Y vigila bien tus bebidas.

Ella sonrió. De pronto, puso cara seria.

—Tengo que fingir despego hacia ti —manifestó—. Seguramente, Mathilda nos vigila desde alguna ventana.

—Antes de que pasen cuarenta y ocho horas, te habrás librado de esa arpía —afirmó Dutton con rotundo acento.

Media hora más tarde, Dutton estaba hablando con Tom Williamson, en su propia granja, situada en la ladera opuesta de la colina. Williamson se apeó del tractor con el

que realizaba sus trabajos agrícolas.

—Yo no creo en brujas ni en tonterías semejantes —declaró tajantemente—. Lo que sí creo es en las acciones de los hombres y, más todavía, de los hombres que son ambiciosos. Me ahorcaron el pobre «Poppy» como un aviso de lo que podía sucederme, pero mi escopeta está cargada con postas. Mírela, en el tractor, no la dejo de mi vista ni un instante.

—Bien, pero ese aviso debe de tener algún fundamento, me imagino —dijo Dutton.

—Claro. Quieren que les venda la granja, pero no me interesa. Ni aunque me pagasen el doble de su valor real. Les envié al diablo el primer día y la próxima vez lo haré, pero a tiros, de una forma real. No han vuelto a molestarme ni creo que se atrevan.

—¿Quiénes, Tom?

—Los hombres de Paracutt. ¿Sabe, señor Dutton? Resulta muy extraño que Millis y Wenner muriesen después de haber sido convertidos en perros. Claro que quizá ellos eran más crédulos, aunque, en otro sentido, tenían también sus ideas. Quiero decir que Paracutt quiso comprarles sus tierras y ellos se negaron, ¿comprende?

Dutton entornó los ojos.

—Tom, me pregunto para qué desea Paracutt una extensión de terreno tan enorme — murmuró.

—A mí también me gustaría saberlo —respondió Williamson.

* * *

Aquella noche, Dutton, desde su ventana, vio a un hombre que cruzaba la plaza a la carrera.

El hombre se detuvo ante una puerta y llamó con cierta discreción. Otro hombre se asomó, dijo algo, asintió y, a los pocos segundos, se unió al primero.

Dutton vio segundos más tarde un grupo compuesto por tres hombres. En Hattie Hills reinaba un silencio absoluto.

—Lo mejor será averiguarlo —se dijo.

Bajó con precauciones al vestíbulo. Ezra, el conserje, no estaba a la vista. Cruzó el espacio a la carrera, de puntillas, y salió a la calle.
Un hombre le vio a poco. Era Elwistone.

—Están locos —dijo.
Dutton le miró inquisitivamente.

—¿Cómo?

—Alguien les ha sorbido el seso. Van a hacer conjuros para que la leña que han ido reuniendo estos días pueda arder con facilidad.
—No comprendo, señor Elwistone.

—Sostienen la teoría de que la hoguera no ardería, si no se hubiese realizado antes la ceremonia del conjuro. Cuando la hayan terminado, podrán quemar a las tres ocupantes de la casita de Bonfire Hill.

—Pero... eso es horrible... Yo las conozco, no son brujas ni nada que se les parezca. Son unas ancianas muy simpáticas...

¿No eran brujas?, pensó Dutton. La extraña ceremonia que se había realizado en la casa, el hecho inexplicable de hallarse, sin saber cómo, en medio del camino, con Cloris...

¿no se debía acaso a ciertos poderes sobrenaturales de aquellas tres mujeres?

—Hace trescientos años, tres brujas fueron quemadas en la hoguera —añadió Elwistone—. La tradición dice que un día volverán en carne y hueso a vengarse de los descendientes de quienes las enviaron al fuego, pero yo no creo en semejantes historias. Bueno, la quema de las brujas es un hecho histórico... pero el que se va al otro barrio, ya no vuelve. ¿Usted me entiende?

—Desde luego, pero ¿es que no hay nadie que se atreva a defender a esas pobres mujeres?

Elwistone bajó la cabeza.

—Todos tenemos un miedo horrible —confesó en tono apenas audible.

—¿De las brujas?

—De la violencia, señor Dutton.

Un automóvil sé puso en marcha en aquel momento Varios individuos se metían en una camioneta ligera.

—¿Tiene usted una escopeta, señor Elwistone? —preguntó Dutton súbitamente.

—Yo vendo armas, como usted sabe...

—Véndame una escopeta y cartuchos.

—Sí, señor.

Dutton observó que las luces de la oficina de policía estaban apagadas. ¿Quién había provocado la inactividad de Chaine?

Elwistone salió a poco con la escopeta y una caja de cartuchos. Dutton le entregó unos billetes…

—Espero que no lleguen a extremos irremediables —dijo.

Momentos más tarde, partía a toda velocidad a bordo de su coche. No tardó en divisar a lo lejos las luces rojas del último vehículo en el

que viajaban parte de los hombres que iban a tomar parte en una absurda ceremonia.

* * *

La leña, evidentemente cortada con gran antelación, estaba en el centro de un claro del bosque, sobre el que caían los rayos lunares. Treinta o cuarenta hombres se habían congregado en torno al enorme montón de troncos y astillas de todas clase, del que sobresalían tres postes, con sus correspondientes cadenas, que servirían para atar a las víctimas.

El silencio era absoluto. Dutton se situó tras un árbol, sin ser advertido, con la escopeta en las manos. Estaba dispuesto a usar el arma si aquella pequeña multitud llegaba a límites intolerables.

De súbito, una mujer apareció en el claro, andando con paso mesurado. Vestía enteramente de largo y tenía el pelo suelto, libre sobre sus espaldas.

En el primer instante, Dutton creyó que se trataba de Cloris, pero no tardó en rectificar. Era Mathilda, a quien encontró extrañamente atractiva, en contra de lo que había llegado a suponer. No obstante, pudo darse cuenta de que ya era un tanto madura. Debía

de tener una edad comprendida entre los treinta y cinco o cuarenta años, aunque no cabía la menor duda de que sabía hacer resaltar sus innegables encantos físicos.

Mathilda elevó sus brazos, que se desnudaron al resbalar las mangas hacia abajo.

—Hagamos el conjuro que convierta a esta leña en algo sagrado, imposible de ser apagado por Satanás y sus inicuos servidores. He traído las sustancias mágicas, que nos permitirán eludir la acción del demonio...

Mathilda continuó perorando durante unos minutos. Resultaba evidente que aquellos ingenuos lugareños oían solamente lo que estaban ansiosos de escuchar. Dos muertes, fácilmente explicables, habían sembrado el terror en sus espíritus. Pero ¿y los otros sucesos? ¿Qué explicación razonable tenían?, se preguntó Dutton.

De pronto, Mathilda echó a andar, caminando en círculo alrededor de la leña. Tenía en la mano derecha un frasquito, que movía de cuando en cuando, como si arrojase un líquido mágico a la madera. No, pensó Dutton, no eran las tres supuestas brujas quienes se habían apoderado de tantas crédulas mentes, sino alguien, con infinita astucia que, aprovechándose de la leyenda, trataba de llevar a cabo sus execrables proyectos.

La *Voz* de Mathilda subía y bajaba con trémolos de variable tonalidad. Para Dutton no cabía la menor duda de que era una magnífica actriz.

Al cabo de unos instantes, Mathilda se detuvo y exclamó con acento triunfal:

—El conjuro está realizado. Satanás ya no podrá apagar la hoguera, cuando sus tres fieles discípulas sean arrojadas al fuego purificador.

Súbitamente, se oyó un rugido que parecía proceder del fondo de la Tierra. Casi en el mismo instante, una enorme llamarada envolvió el montón de leña.

Sonaron gritos de terror. El gentío se apartó instintivamente de aquel enorme foco de calor.

Dutton se sentía atónito. ¿Por qué ardía la leña? ¿Qué cosa tan

misteriosa había provocado la acción contraria a la deseada?

En el mismo instante, Mathilda, lanzando un chillido horroroso, corrió unos pasos y se arrojó a las llamas.

El pelo y sus vestidos flamearon un instante. Espantosos alaridos brotaban de su garganta, al sentirse abrasada por aquel tremendo volcán. Los espectadores de la escena, llenos de pánico, huyeron despavoridos, mientras en la atmósfera se elevaba un horrible hedor a carne quemada.

Morbosamente fascinado, Dutton contempló el cuerpo que se consumía en las llamas. Reeley se había ahorcado. A Darcey se le había roto un hueso muy sólido con un simple bastón de ébano. Ahora, Mathilda, voluntaria, pero incomprensiblemente, se había lanzado al fuego, en una autoinmolación cuyos motivos le resultaban desconocidos.

¿Tal vez tenían razón los que acusaban de brujerías a tres encantadoras ancianas?

De repente, se acordó de Cloris y echó a correr. A sus espaldas quedaba el resplandor del fuego.

Minutos después, llegaba a la casa. La verja estaba abierta. Corrió como un loco, mientras llamaba a Cloris a voz en cuello.

Durante unos minutos, temió lo peor. Incluso cuando encontró a Cloris, tendida en su lecho, absolutamente inmóvil.

Con mano temblorosa, tocó el pecho de la joven. Un hondo suspiro de alivio pasó a

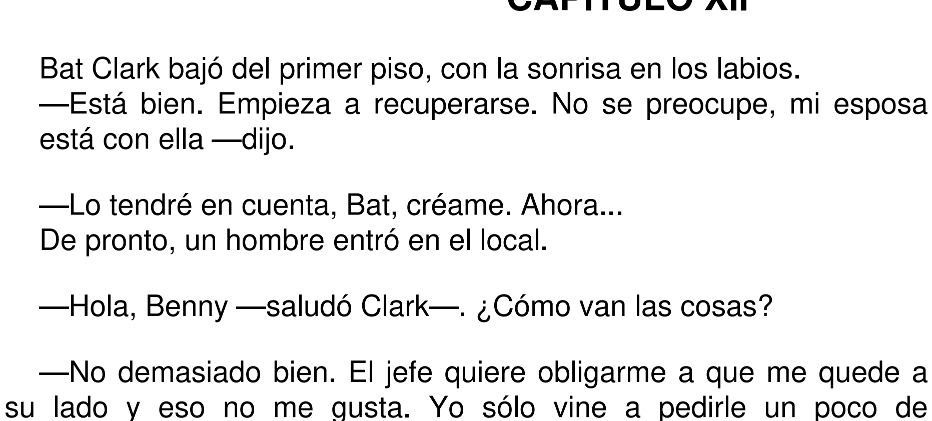
través de sus labios. Cloris estaba simplemente narcotizada.

Era evidente que, pese a sus precauciones, Mathilda había conseguido propinarle alguna de aquellas pastillas. Durante unos segundos, permaneció inmóvil, reflexionando sobre lo más conveniente en aquellos momentos.

De pronto, se inclinó y apartó a un lado las ropas de la cama. Dada la estación, Cloris estaba vestida solamente con un liviano camisón. Cuando Dutton la dejó en el coche, ella no había recobrado todavía el conocimiento.

Volvió a la casa. En una maleta, puso algo de ropa para la joven. Luego regresó al coche y, tras sentarse en su sitio, arrancó de inmediato hacia Hattie Hills.

Si alguien venía a buscar a Cloris, se llevaría un buen chasco, pensó, satisfecho.



CAPITULO XII

Bat Clark bajó del primer piso, con la sonrisa en los labios.

—Está bien. Empieza a recuperarse. No se preocupe, mi esposa está con ella —dijo.

—Lo tendré en cuenta, Bat, créame. Ahora...

De pronto, un hombre entró en el local.

—Hola, Benny —saludó Clark—. ¿Cómo van las cosas?

—No demasiado bien. El jefe quiere obligarme a que me quede a su lado y eso no me gusta. Yo sólo vine a pedirle un poco de «pasta»...

—Benny, yo le daré ese dinero, a cambio de una declaración escrita —dijo—. Puede estar seguro de que no la usaré ante ningún tribunal; simplemente, será la garantía de que no volverá a molestar jamás, en los días de su vida, a la señorita Blakeney. La cual, por cierto, dentro de muy poco tiempo se convertirá en señora Dutton.

Drue se quedó con la boca abierta. Al cabo de unos segundos, miró al *barman.*

—Te conviene aceptar la oferta, Benny —dijo Clark.

Hubo un instante de silencio. Dutton sacó su talonario de cheques.

—Tres mil contra mi Banco y doscientos en billetes para gastos de viaje —declaró. Drue hizo chasquear los dedos de su mano derecha.

—De acuerdo.

—Pero se marchará inmediatamente. Y recuerde, usted que ha hecho chantaje a tantas personas, puede encontrarse un día en la misma situación.

—Señor Dutton, ni usted me hará nada, ni yo volveré a ver jamás a esa preciosidad de muchacha, puede estar absolutamente seguro de ello —contestó Drue seriamente—. Además, con tal de verme lejos de Paracutt, sería capaz de hacer cualquier cosa.

—Lo que tiene que hacer es muy sencillo —dijo Dutton, satisfecho del giro que tomaban los acontecimientos—. Venga al interior, Benny.

Los dos hombres penetraron en un cuarto que era al mismo tiempo

despacho de Clark y almacén de bebidas. Dutton en persona redactó la declaración que debía firmar Drue, quien, a continuación, le facilitó detalles muy interesantes.

Media hora más tarde, Benny Drue abandonaba la población. Entonces, Dutton subió al piso superior.

Cloris estaba acostada en una cama. Su rostro aparecía tan blanco como la almohada en que apoyaba la cabeza.

—Te pondrás bien —dijo él, oprimiéndole cariñosamente una de sus manos—. Fue sólo un narcótico muy potente, aunque me imagino que pensaban hacer que te lo tomases durante algunos días, a fin de embotar tu mente y conseguir de ti... algo que todavía no me explico, pero que no tardaré en averiguar. No te preocupes, sigue aquí; nadie sabe dónde estás y tanto Bat como su esposa son gente de toda confianza.

Cloris sonrió débilmente.
—Vuelve pronto —dijo.

—Sí, querida.
Cuando Dutton salió a la calle, se encontró con una ciudad muerta.

No había ni un alma en la calle. Indudablemente, pensó, todo el mundo se sentía

aterrorizado por el horrible suceso ocurrido la víspera.

Al cabo de unos segundos, echó a andar en busca de su automóvil. Presentía lo que iba a suceder.

De repente, un perro empezó a ladrar en alguna parte. Los ladridos del can, en medio de aquel absoluto silencio, parecían voces de ultratumba que anunciasen lúgubres acontecimientos.

El sendero del jardín era lo suficientemente ancho para que el automóvil pudiera circular sin dificultades hasta la puerta. Cuando se detenía el vehículo, la puerta se abrió y Dutton apareció en el umbral.

Paracutt, Erdle y Loomis se apearon del coche, notablemente desconcertados al ver en aquel lugar a alguien a quien no esperaban. Tras unos segundos de indecisión, Paracutt adelantó un par de pasos.

—Voy a darle una orden, Dutton. Lárguese. Déjenos el paso libre. Dutton cruzó los brazos sobre el pecho.

—No. Y si buscan a Cloris, deben saber que no está en la casa —respondió fríamente. Paracutt movió una mano.

—Nate, compruébalo —ordenó.
—Bien, jefe.

Dutton no formuló la menor objeción. Loomis pasó por detrás de él y entró en la casa.

—Aunque encontrase a Cloris, y ya he dicho que no está aquí, no conseguiría nada — declaró tranquilamente—. Ella sabe ahora la verdad. No mató a Benny Drue.
Los labios de Paracutt se contrajeron. Impasible, Dutton prosiguió:

—He hablado largamente con Benny Drue. Incluso ha firmado una confesión, pero como puede comprender, está a buen recaudo. Benny me ha contado muchas cosas interesantes, incluyendo el hecho de que la supuesta ama de llaves de Cloris era la amante de usted. Mathilda se encargaba de vigilarla y de impedir que hiciera cualquier cosa que pudiera comprometerles y estropear el plan que se habían trazado. Lamentable-mente, la comedia que Mathilda quería desempeñar anoche, terminó de la manera más desastrosa que uno es capaz de imaginar.

«Paracutt, usted conocía, o se enteró, de la leyenda de las tres brujas. Ello le dio una idea y la puso en práctica. Debía sembrar el terror en la población, a fin de que creyesen que la leyenda iba a hacerse realidad.

Sé cuál es el truco de los perros, porque encontré sus cadáveres en el registro que hay bajo el suelo de la plaza. Yo estaba presente cuando sus dos esbirros volvieron a buscar los cadáveres, para enterrarlos, seguramente, en el mismo sitio donde está enterrado Reeley. Hacer el cambio de un perro por el cuerpo de un hombre, previamente asesinado, no es muy difícil, siempre que se haga por la noche y en lugar de difícil visibilidad. Incluso procurando que de la primera muerte se culpase a un hombre neutral, como era Barker, el ayudante de Chaine. Todos, en Hattie Hills, lo creyeron así y la semilla sembrada tan hábilmente empezó a fructificar.

Loomis apareció de repente en la puerta.

—Jefe, ella no está en la casa —exclamó, desconcertado. Paracutt alzó una mano.

—Ya la encontraremos —dijo, sonriente—. Siga, siga, Dutton; todo cuanto he oído

hasta ahora resulta muy interesante. Seguramente, tiene más cosas que decirme, ¿no es así?

—Quizá eso le corresponda a usted, porque, por ahora, desconozco sus intenciones, salvo sus proyectos de comprar todas las tierras de la colina.

—Es muy sencillo. El lugar tiene numerosos atractivos. Yo me sentía cansado de cierta clase de lucha. Aquí puede construirse una pequeña ciudad... dedicada exclusivamente al juego y a ciertas clases de diversiones. Pero no podía hacerlo sin antes haberme convertido en el dueño de todos los terrenos. En su mayor parte, son de Cloris Blakeney, aunque también hay otros propietarios.

—Había, porque Millis y Wenner están muertos. El único que queda vivo, aparte de Cloris, es Williamson y no piensa ceder, aunque usted ordenó a Reeley que ahorcase a su perro, como una especie de aviso de lo que le podía pasar, si se negaba a sus pretensiones.

—Sí, es cierto —admitió Paracutt preocupadamente—. Y todavía no entiendo por qué se ahorcó Reeley ni por qué Mathilda se arrojó a la hoguera. ¿Puede explicarme ese enigma, Dutton?

—Le confesaré una cosa: a mí también me gustaría saberlo. No lo entiendo, aunque, sinceramente, tampoco me importa demasiado. Lo único que quiero es llevarme a Cloris muy lejos de aquí. Por supuesto, jamás la encontrarán ni ella venderá su propiedad. Lamento destruir sus sueños de edificar aquí una nueva Las Vegas, pero debe ir haciéndose a la idea de que ese plan, fundado en el terror y en la sangre, ha fracasado por completo. Incluyendo el «desplazamiento» de la influencia de Tewson en el venal jefe de policía de Hattie Hills.

Paracutt sonreía desdeñosamente.

—Voy a decirle una cosa, Dutton. Dentro de unos segundos, estará muerto. Luego, yo me encargaré de buscar a Cloris. Y la encontraré, téngalo por seguro.

Los dedos del sujeto chasquearon.

—Nate, Lemmy, ya lo habéis oído —añadió. Erdle y Loomis sacaron sus pistolas.

* * *

Sabrina lanzó una risita al dar los últimos toques a la pequeña estatua de cera que había elaborado, en unión de las otras dos ancianas.

—Cera virgen, raíz de mandrágora, rabo de lagartija, polvo de colmillos de serpiente, unas gotitas de tintura de acónito, polvo de escarabajo desecado, unos cabellos del interesado... Creo que no falta nada —dijo.

Arrobada, Elspeth juntó sus manos.

—Perfecto, realmente perfecto —calificó.

—Somos muy viejas, pero la fotografía es un invento maravilloso —dijo Sabrina, mientras contemplaba el trocito de' cartulina, en forma de óvalo, pegado a la cara de la estatua y que reflejaba con todo detalle las facciones de cierta persona.

—¿Te costó mucho, querida? —preguntó Elspeth.

—Oh, con teleobjetivo y un poco de paciencia, resultó facilísimo. El señor Elwistone, además, es un caballero y se portó muy bien con el revelado de la película.

Sabrina volvió a reír.

—Tiene gracia, ¿eh? Nosotras, tan viejas... y usando métodos completamente modernos.

—Bueno, bueno, basta ya —cortó Althea con un gruñido cariñoso —. Creo que deberíamos empezar.
—Sí, es preciso conseguir la felicidad de esa pareja tan encantadora —convino Elspeth.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —dijo Sabrina, a la vez que se quitaba un largo aguijón del pelo.
Las otras dos la imitaron en el acto.

—El hombre malo debe morir, para que dos personas sean eternamente dichosas — exclamó Althea solemnemente.

Tres largas agujas se clavaron casi al mismo tiempo en el muñeco de cera. Entraron y salieron y volvieron a entrar varias veces...

* * *

Paracutt estaba entre sus dos secuaces, quienes ya tenían los revólveres en las manos. De pronto, Loomis y Erdle giraron en redondo y empezaron a disparar contra su jefe.

Paracutt abrió los ojos desmesuradamente. Los revólveres detonaban con gran estruendo. Dutton, atónito, saltó hacia atrás. Impasibles, los dos esbirros continuaron haciendo fuego, hasta agotar todos los cartuchos.

Williamson apareció de pronto, con su escopeta en las manos. Alzó el arma, pero pronto se dio cuenta de que no tenía necesidad de utilizarla.

* * *

—Debiéramos dejarles una nota —propuso Elspeth. —Sí, parece razonable —concordó Althea.
-—El muñeco debe desaparecer —dijo Sabrina.

—Lo dejaremos en algún sitio donde haya mucho sol. La cera se fundirá y acabará por unirse a la tierra. —Como su cuerpo.
—Sí, como su cuerpo.

* * *

Aquella misma tarde, Dutton fue a entrevistarse con Gail.

—Lo siento por usted —dijo—. Paracutt la engañó, aunque sospecho que usted tenía muchas ambiciones. Pensaba ser algo más que una simple empleada, ¿no es así?
Gail se encogió de hombros.
—En todo caso, no soy culpable de nada —contestó.

—Nadie la acusa de ningún delito, aunque, en el fondo, también es culpable. ¿Cuánta información dio usted a Paracutt de dos personas que murieron asesinadas?

La señora Bengsson prefirió callar. Dutton la miró unos instantes y luego echó a andar hacia la escalera.

—Voy a hacer mi equipaje. Tenga la bondad de preparar mi cuenta —ordenó.

Cuando salió del hotel, algunos hombres apostrofaban a Chaine. El jefe de policía aparecía con el rostro completamente rojo.

—Tewson se va a marchar. También él ha comprendido que no tiene nada que hacer en este pueblo. ¿Por qué no le imita usted?

Dutton sonrió para sí y siguió adelante. Momentos después, se reunía con Cloris.

—Ya no tienes nada que temer —dijo. Ella sonrió hechiceramente.

—De todos modos, ahora no me gustaría vivir aquí —manifestó.

—Iremos a otro lugar, muy lejos de Hattie Hills, donde prefieras. Pero antes debemos despedimos de tres buenas amigas.

—Sí, desde luego.

Subieron al coche. Bat Clark y su esposa les saludaron desde la puerta.

—A Hattie Hills volverá muy pronto la tranquilidad y la confianza —vaticinó Dutton, en el momento de dar el contacto.

Cloris asintió. Un poco más adelante, Dutton dijo:

—Nunca olvidaré el día en que nos vimos por primera vez, aunque jamás llegaré a comprender cómo adivinaste lo que me iba a suceder.

Ella cerró los ojos un instante, a la vez que se reclinaba en el respaldo.

—Hay cosas que ni yo misma entiendo. En aquel momento presentí que estabas en un gravísimo peligro y no pude por menor de decírtelo. Quizá tenga una mente de extraordinaria clarividencia; me pasaba muchas veces, cuando actuaba en el teatro. Claro que en otras ocasiones, era cuestión de pura psicología; las personas son mucho más transparentes en sus rostros de lo que vulgarmente se cree... aunque también mis facultades fallaron en el caso de Benny... y con Mathilda...

—Eso no importa ahora —sonrió Dutton—. Tampoco supiste adivinar que yo vendría a buscarte un día.

—Es cierto, Jerry. Me has buscado y me has encontrado.

—Y tú me has encontrado a mí —dijo el joven, inmensamente

satisfecho.

Minutos más tarde, se apeaban del coche. Dutton, notablemente perplejo, advirtió que la maleza había crecido extraordinariamente en el camino que conducía a la casa donde habitaban las tres ancianas.

Abrió paso a la joven, no sin esfuerzo. De pronto, Cloris lanzó un grito.

—¡Jerry!

Dutton se sentía atónito. La casita había perdido su aspecto habitual y ahora aparecía con las paredes sucias por el tiempo y las vigas carcomidas. Puertas y ventanas estaban cerradas. Un par de postigos pendían peligrosamente de unas bisagras cubiertas por completo de herrumbre.

Dutton abrió la puerta, que produjo un chirrido muy pronunciado al girar sobre unos goznes completamente oxidados. El joven se sintió lleno de estupefacción al ver los muebles viejísimos, a punto de deshacerse en serrín, en medio de un ambiente cubierto de polvo y telarañas.

—Dios mío —murmuró, abrumado—. ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Era realidad la leyenda de las tres brujas?

Sobre la mesa, encima de una capa de polvo de un dedo de espesor, había una blanca cuartilla. Dutton la tomó y leyó un breve mensaje, escrito con letras que parecían de fuego:

«SED FELICES»

No había firma, pero ambos comprendieron en el acto la identidad de las autoras del mensaje. Dutton se volvió hacia la joven y contempló su rostro durante unos momentos.

—Sí, eran las brujas... pero esta vez, volvieron a nuestro mundo para hacer el bien — dijo ella.

Dutton recordó los sucesos inexplicables: la pierna rota de Darcey, el ojo de Smiggy, Mathilda lanzándose a la hoguera, Loomis y Erdle disparando contra su jefe...

El papel cayó al suelo. Dutton pasó el brazo por la cintura de la joven y la llevó al exterior. Un rayo de sol se filtraba oblicuamente entre las copas de los árboles y cayó de lleno sobre ambos.

Dutton se sintió invadido por una extraña felicidad. Miró a Cloris y sonrió.

—La leyenda era cierta, salvo en lo de la venganza —murmuró, conmovido.

—Tewson era descendiente de uno de los que más ardor pusieron en la condena de las brujas —declaró Cloris—. Pero el castigo no ha recaído sobre él, sino en su hijo.

Dutton asintió. Sí, un cruel castigo, aunque los Tewson vivirían para contarlo. Sin embargo, ellos se marchaban muy lejos de aquellos parajes.

Algún día regresarían, sin prisas...

Ahora debían seguir el consejo de tres mujeres. Debían buscar ¡a felicidad.

Lo cual, pensó, no les resultaría difícil en absoluto, porque ambos se amaban apasionadamente.

Dutton se volvió hacia Cloris. Ella sonrió dulcemente.

—Ahora sí adivino lo que piensas —dijo.

Y le echó los brazos al cuello, porque sabía que Dutton ansiaba

besarla... y ella lo deseaba también.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.